

GREGORIO HINOJO ANDRÉS

# La invención de las palabras



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
Secretaría General



# La invención de las palabras

Lección Inaugural del Curso Académico 2012-2013  
pronunciada por el profesor Dr. D. Gregorio Hinojo Andrés,  
Catedrático de Filología Latina  
de la Universidad de Salamanca  
en el solemne Acto Académico celebrado  
el día 21 de septiembre de 2012  
presidido por el Sr. Rector Magnífico  
D. Daniel Hernández Ruipérez

GREGORIO HINOJO ANDRÉS

# La invención de las palabras



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

© Universidad de Salamanca  
Autor

Motivo de Cubierta: «La construcción de la torre de Babel»,  
*Breviarium Grimani*, 1510-1520, f. 206 r.

*Impreso en España - Printed in Spain*

GRÁFICAS LOPE

c/ Laguna Grande, 2. Polígono «El Montalvo II»

Teléf. 923 19 41 31 - Salamanca. España

[www.graficaslope.com](http://www.graficaslope.com)

*Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro  
puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito  
de la Universidad de Salamanca.*

«*Non igitur dubium quin omnium rerum, etiam uocum reddenda sit ratio, quam si ignorauerimus rogati, fateamur potius nos nescire, quam nullam esse constanter affirmare*» (EL BROCENSE, *Minerua, seu de causis linguae latinae*. 1. f. 5 v.).

«No hay duda, pues, que de todas las cosas, incluso de las palabras, hay que dar una explicación racional; si, tras preguntarnos, la desconocemos, es preferible que confesemos que nosotros no la sabemos, antes que afirmar continuamente que no existe ninguna» (*Minerva, o de las causas de la lengua latina*)





## EXORDIO

Hace exactamente cien años, en la solemne apertura del curso académico 1912-1913, pronunció la lección inaugural D. Pedro Urbano González de la Calle, Catedrático de Lengua y Literatura Latinas de nuestra Universidad; versó sobre la vida y la obra de uno de los humanistas más prestigiosos del Estudio, Francisco Sánchez de las Brozas, el Brocense, el autor de la frase que preludia el librito que tienen en sus manos y que es el punto de partida de mi discurso.

Él lo llamó ‘oración’, con el significado de *oratio*, «discurso» en latín; así la define el diccionario de la Real Academia de 1925: «Obra de elocuencia, razonamiento pronunciado en público á fin de persuadir

á los oyentes ó mover su ánimo». Me hubiera gustado mantener ese mismo término, pero tanto el mandato del Consejo de Gobierno como la tradición de los últimos años me obligan a respetar el nombre de nuestros días.

Estas dos circunstancias concomitantes —que parecen fruto de una conjunción astral— han incrementado, si cabe, la emoción y la alegría que me embargan en estos momentos; pueden creerme si les digo que pronunciar esta lección es una de las grandes satisfacciones de mi larga vida académica; quiero, pues, dar las gracias sin medida, olvidando el viejo precepto de *nihil nimis*, «nada en exceso», tanto a los Directores de los Departamentos del área de Humanidades que me han propuesto para tan noble función y me han otorgado un honor inmerecido —especialmente porque entre mis colegas hay profesores mucho más elocuentes y brillantes—, como al Consejo de Gobierno de la Universidad que aprobó su propuesta.

Cuando el Sr. Rector me comunicó el nombramiento para pronunciar esta Lec-  
ción Inaugural, tras la enorme alegría ya  
mencionada, me invadió también una  
preocupación no pequeña por el tema que  
debía elegir; buscaba uno que pudiera ser  
atractivo y adecuado para un público hete-  
rogéneo, como el que asiste en estas oca-  
siones a este centenario Paraninfo; debería  
combinar armónicamente un cierto rigor  
científico y académico —algo que nunca  
debe faltar en un acto de esta naturaleza—  
con el interés y, si es posible, el deleite de  
todos ustedes.

Tras algunas vacilaciones decidí elegir  
el mundo de las palabras, ya que la palabra  
es el objeto del amor y la pasión del filólo-  
go; pero las palabras son también patrimo-  
nio de todos los hablantes, de todos  
nosotros; con ellas nos comunicamos, nos  
expresamos, seducimos, descubrimos  
nuestros sentimientos y nuestros avances  
científicos, intentamos persuadir y, en oca-  
siones, engañar.

Me impulsó también a elegir este tema el haber impartido durante varios cursos la asignatura de libre elección «Historia de las Palabras» con una muy buena acogida por parte de los alumnos y con gran ilusión por la mía. Quiero agradecer a todos ellos el interés con que siguieron las clases y las sugerencias que me proporcionaron con algunos de sus trabajos; uno de los ejercicios de mayor éxito era «inventar» palabras utilizando los procedimientos habituales de los que dispone la lengua.

Además, las palabras nos han causado siempre fascinación y encanto; son en alguna medida mágicas: ‘hada’ deriva de *fata*, participio latino del verbo defectivo *fari* «decir, hablar»; ‘dicha’ es una expresión de la felicidad y, a la vez, el participio femenino del verbo decir, deriva del latín *dicta* «palabras dichas»; en el *Génesis* las palabras de Dios fueron suficientes para crear el universo; entre los dogon, un pueblo de Malí, las palabras se consideran parte del semen de los dioses; idea que con

otros términos expresa el gran filósofo alemán MARTIN HEIDEGGER cuando afirma «la palabra es el acontecer de lo sagrado». El poder taumatúrgico, positivo o negativo, se observa todavía en nuestros días por el cuidado que tenemos en no mencionar la muerte y algunas enfermedades graves, recurriendo a eufemismos o perífrasis.

Me resta explicar el título elegido; me hubiera gustado «El mundo de las palabras», pero se me han adelantado con la brillante traducción de la espléndida obra de STEVEN PINKER (2007) de la que me siento deudor. ‘Invención’ la utilizo con el cuarto valor que le concede la Real Academia: «Parte de la retórica que se ocupa de cómo encontrar las ideas y los argumentos necesarios para desarrollar un asunto». Pienso que las palabras no fueron «inventadas» *ex nihilo* nunca; «se encontraron» a partir de los sonidos, de los pensamientos y de las experiencias humanas que, por imitación o por metáforas y metonimias, se convirtieron en tales.

He utilizado una definición propia de la retórica porque la naturaleza retórica del lenguaje ya la descubrió Aristóteles y la ha mostrado y demostrado con brillantez nuestro querido colega y amigo ANTONIO LÓPEZ EIRE —al que la envidiosa muerte nos arrebató prematuramente— en sus publicaciones sobre la materia (2005). De todas formas, las tres funciones del discurso oratorio según todos los tratados son: *docere* «enseñar, informar, ilustrar»; *delectare* «agradar, deleitar, divertir»; *sua-dere* «persuadir, convencer, seducir, fascinar», éstas tres son también las funciones más importantes del lenguaje.

## ANTECEDENTES

Sería una temeridad irresponsable que yo pretendiera en esta disertación exponer cómo apareció el lenguaje humano y cómo se crearon, se encontraron, se «inventaron» las palabras en la larga noche de los tiempos; resolver esta cuestión es uno de los problemas más difíciles que tiene la

ciencia moderna, como con claridad y sólidos argumentos afirma CHRISTINE KENNEALLY (2008); tan difícil era, que la *Société de Linguistique de Paris* prohibió en su congreso de 1866 toda discusión del tema, ya que era un trabajo estéril. Su pronunciamiento afirmaba: «La Sociedad no aceptará comunicación alguna sobre el origen del lenguaje o la creación de una lengua universal» (V. VOLTERRA: 2005). En 1872, la *London Philological Society* siguió sus pasos.

Resolverla, en mi opinión, requiere la colaboración interdisciplinar de lingüistas conocedores, no necesariamente hablantes, de las seis mil lenguas del universo —o al menos de una muestra representativa de todas ellas—, de biólogos y de neurólogos estudiosos de las formas de comunicación de los animales —especialmente de los más evolucionados— y de la aparición y desarrollo de los órganos fonadores, de psicólogos dedicados al funcionamiento de la mente y a la investigación del lenguaje

---

infantil, y de filósofos y de antropólogos que dominan los componentes culturales de los hablantes de diversas lenguas. Afortunadamente se han dado y se están dando pasos en esta colaboración interdisciplinar; desde 1990 hasta 2007 se publicaron más de mil trabajos sobre esta materia, en otro tiempo «prohibida», con resultados asombrosos.

Si hubiera pronunciado esta lección hace unos años —antes de dedicarme expresamente al estudio de la historia de las palabras— hubiera dicho con pleno convencimiento que el lenguaje articulado y el dominio del léxico nos diferencian esencial y radicalmente del resto de seres vivos; hoy no me atrevo a realizar esta afirmación de forma tan contundente y apodíctica. Aunque el lenguaje de los animales sigue estando, evidentemente, muy alejado del humano, algunos experimentos de los últimos lustros han descubierto fenómenos sorprendentes y dignos de un cuidadoso análisis. De los numerosos casos y experi-



mentos que cita la profesora CHRISTINE KENNEALLY (2008) he seleccionado uno:

Los monos vervet —no precisamente los más evolucionados— de África tienen gritos, parecidos a las palabras, diferentes para cada tipo de depredador que se acerca al grupo; según es el grito, los vervets toman las medidas oportunas; si el vigía hace una llamada de águila, los miembros del grupo corren a refugiarse bajo los árboles; si la hace de serpientes, trepan a las alturas; si la hace de leopardo, se suben a las ramas más finas y delgadas en las que éste no puede mantenerse; incluso repiten los movimientos con gritos grabados ¿Tienen los vervets tres palabras para designar el águila, la serpiente y el leopardo? No son palabras, en absoluto, pero son un eslabón en el largo proceso de la aparición y desarrollo del lenguaje humano. Son gritos innatos, no adquiridos, similares al llanto o a la risa de los niños.

La autora mantiene, apoyándose en el resultado de numerosas investigaciones,

que las llamadas de alarma están casi omnipresentes en el mundo animal; incluso que otras especies tienen un número mucho más elevado y diversificado de gritos, como los elefantes, los delfines y los chimpancés, y mucho más próximos a las palabras humanas. También afirma que un perro pastor escocés, de nombre Rico, conocía cientos de palabras y podía ir a otra habitación a traer el objeto que le ordenaban verbalmente. Era capaz de traer incluso una cosa cuya denominación desconocía, si sabía el nombre de todas las restantes, ya que elegía ésa precisamente; de esta forma, tras varios ensayos, adquiriría el conocimiento de una nueva palabra.

Hay, por tanto, en el mundo animal gran cantidad de especies que saben relacionar perfectamente unos sonidos con un referente determinado; éste es también el misterio y el milagro de nuestro lenguaje: que unos sonidos bien articulados y estructurados adquieren un significado determinado y sirven para designar las

realidades del entorno y los sentimientos más íntimos.

Desde las primeras reflexiones y estudios sobre el lenguaje humano, concretamente desde los diálogos platónicos, especialmente el *Crátilo*, hasta la lingüística moderna, explicar cómo los sonidos pueden tener significados concretos ha sido el principal objeto de investigación y de estudio. Sirvan de ejemplo las contundentes palabras de LEONARD BLOOMFIELD (1933):

«To put it briefly, in human speech, different sounds have different meanings. To study this coordination of certain sounds with certain meanings, is to study language».

Esta tarea, que parece sencilla, es muy complicada: las palabras tienen miles de años de antigüedad —cuatrocientos mil por lo menos— y no han dejado ningún rastro; no tenemos ningún ‘fósil’; arqueólogos, geólogos, biólogos, etólogos y paleontólogos disponen de restos, de indicios, de

síntomas de ese largo periodo. Los primeros testimonios que pueden darnos algo de luz son los textos escritos, pero éstos todavía no tienen seis mil años —las últimas «semanas» en el largo devenir de las palabras— y poseen escrituras muy complicadas y dificultosas, como el sumerio (3000 a. C.) y la escritura jeroglífica egipcia (3.000 a. C.); en nuestra cultura grecolatina tiene de tres mil a tres mil quinientos años<sup>1</sup>. Por otra parte, la escritura sólo es una sombra del lenguaje hablado, ya que es conservadora, no tiene entonación, se construye con periodos oracionales más complicados, utiliza un léxico distinto del de la lengua hablada, pierde la frescura y lozanía de la conversación, etc. La escritura, como afirmó TALMY GIVÓN (1993), se aprende como una segunda lengua: «By acquiring a written language we become **bilingual**; and bilingualism demands careful discrimination between the two con-

---

<sup>1</sup> Una lúcida exposición sobre el origen y desarrollo de la escritura en LUIS GIL (1995).

texts that go with the two sets of skills». Pese a todas estas dificultades pretendo explicar cómo se unieron en nuestra cultura los sonidos y su significado.

## LA EXPLICACIÓN RACIONAL DE LAS PALABRAS

*Non igitur dubium est quin rerum omnium, etiam uocum reddenda sit ratio, quam si ignorauerimus rogati, fateamur potius nos nescire, quam nullam esse constanter affirmare. Scio Caesarem Scaligerum aliter sentire. Sed haec uera ratio est (EL BROCENSE, Minerua, seu de causis linguae latinae. 1. f. 5 v.)*

«No hay duda, pues, que de todas las cosas, incluso de las palabras, hay que dar una explicación racional; si, tras preguntarnos, la desconocemos, es preferible que confesemos que nosotros no la sabemos, antes que afirmar continuamente que no existe ninguna. Sé que César Escalígero piensa de otra forma. Pero la verdadera

‘razón’ es ésta» (*Minerva, o de las causas de la lengua latina*).

He querido preludear mi lección con esta frase del Brocense que me impresionó desde el primer momento de su lectura y me impulsó a buscar alguna explicación o algún motivo que pudieron decidir a nuestros antepasados a elegir un grupo de sonidos para designar una idea o un objeto concreto, o para asignar un significado determinado a un grupo articulado de sonidos. Con ella deseo manifestar mi actitud ante esta complicada cuestión, aunque la matizaré posteriormente y trataré de refutar algunas interpretaciones equívocas o incorrectas. La frase es tal vez demasiado contundente porque es fruto de una polémica con Julio César Escalígero, que mantenía que las palabras eran pura invención, **totalmente** arbitrarias. En la edición de la *Minerva* de 1562 el texto no aparece; a la del 1587 el autor le añade un prólogo de un tono enérgico, casi agresivo, en el que se halla esta afirmación.

Antes de iniciar el comentario pretendo rendir un breve homenaje a este destacado gramático, catedrático del Estudio Salmantino en los procelosos días de finales del siglo XVI, amigo y colega de fray Luis, a quien tuvo la valentía de elogiar en los momentos en que el poeta estaba en las cárceles de la Inquisición, lugar en el que terminó su vida nuestro insigne humanista; aunque, según otra fuente, murió en casa de su hijo, médico en Valladolid, en arresto domiciliario. Reproduzco como significativa una de las múltiples acusaciones que contra él se suscribieron, la de fray Antonio de Arce: «de todo el discurso del libro se collige ser el author muy insolente atrebido mordaz. Como son todos los gramaticos y erasmistas».

La frase citada al principio es digna de elogio, al margen de su contenido lingüístico, por la honradez y sinceridad que reclama para el investigador; también por el interés con que propugna la búsqueda continua de las causas de todo tipo de co-

---

nocimientos, la explicación racional y motivada. La importancia concedida a la *ratio* es muy meritoria siempre, pero especialmente en su época, ya que se concedía mayor prestigio a la *auctoritas*; no respetar ésta cuando iba contra aquélla fue una de las causas de las denuncias contra él ante el Santo Oficio; podríamos decir que fue un ‘racionalista’ *avant la lettre*. No olvidemos que el siglo XVII fue el del Racionalismo filosófico de René Descartes, Baruch Spinoza y Gottfried Wilhelm Leibniz.

Su interés por explicar racionalmente todos los conocimientos le lleva a ocuparse de las causas de la lengua latina, como indica el título de la obra citada, y a formular principios que sean aplicables a otras lenguas, prefigurando así una gramática universal, algo que hoy algunos creen posible; por todo ello se le considera uno de los precursores —ya había antecedentes en la tradición gramatical clásica y medieval— de *La grammaire générale et raisonnée* de Port-Royal, de CLAUDE LANCELOT Y ANTOINE



ARNAULD (1660) y, a través de ella, de la teoría de CHOMSKY, el lingüista más influyente del siglo XX, pese a sus numerosos detractores.

Nuestra Universidad le ha rendido varios homenajes, como un Congreso el año 2000, en el quinto centenario de su muerte. A su figura y a su obra se dedicó también, como ya he indicado, la oración inaugural del curso 1912-1913, pronunciada por D. Pedro Urbano González de la Calle, que posteriormente incrementó para publicar un amplio volumen; él no murió en la cárcel de la Inquisición pero sí en el exilio de México.

Con todo, el homenaje más entrañable y más valioso fue el que le concedió el claustro del Estudio el 21 de diciembre de 1600—quince días después de su muerte—cuando su viuda se vio obligada a solicitar una ayuda para subvenir su invalidez y su numerosa prole en compensación por sus obras y por los derechos de autor, ya que sus libros y, consecuentemente, estos dere-

chos de autor se hallaban confiscados por el Santo Oficio. En las actas del claustro de dicho día se lee: «que se le den a la dicha viuda en socorro y por lo mucho que su marido trauajo en servicio de la uniuver.<sup>d</sup> y attenta su necesidad y pobreza y enfermedad ducientos ducados. con tanto. que traya. confirmacion. benaplácito y aprouacion. Del Rey nro. y de los señores de su muy alto consejo y habiendolo votado in voce lo votaron secreto. Con agallos Blancos y negros. Conformo al estatuto que en esta Casso habla los quales descubietos todos parecieron agallos blancos sin tener ninguno negro<sup>2</sup>».

Tras esta breve digresión, que pretende ser un merecido homenaje a nuestro ilustre predecesor, vuelvo a su doctrina sobre

---

<sup>2</sup> Actas de claustros, fol. 112 v y 113 r., la grafía, lógicamente, es la del original. El texto está tomado de PEDRO U. GONZÁLEZ DE LA CALLE (1922). Éste era el sistema de votación del claustro; los agallos blancos eran equivalentes al sí; los negros, al no. La solicitud de su viuda fue aprobada por unanimidad.

---

las palabras. Las dos objeciones fundamentales que se hacen a su teoría son: en primer lugar que hay palabras que no tienen explicación posible, que están totalmente «inmotivadas»; y, después, que sus postulados atentan contra la arbitrariedad del signo lingüístico, lo que hoy prácticamente todos compartimos.

Como buen dialéctico y buen retórico —fue catedrático de esta última disciplina en nuestro Estudio— se adelanta y refuta estas posibles objeciones con un claro dominio de la prolepsis —*occupatio* en latín—. Afirmar, con respecto a la primera, que hay palabras que se acuñaron en épocas muy antiguas o en la lengua primitiva —para él, lógicamente, en la del Paraíso Terrenal— y de las que no podemos dar ninguna explicación, porque no conocemos ni tales lenguas ni el contexto en que se crearon. Esto mismo es válido también para las numerosas palabras tomadas de otras lenguas, el latín, el griego, el árabe, el

---

hebreo etc. Habría que buscar la motivación en dichas lenguas.

Esta observación me parece muy pertinente y sigue vigente en la actualidad. ‘Grúa’ en castellano parece una palabra totalmente «inmotivada», pero si pensamos que provine del francés *grue* «grulla» se puede observar un origen metafórico. ‘Avión’ se presenta también como «inmotivada» para las lenguas que no designen a los volátiles con ‘ave’, pero todos nosotros entendemos la imagen que encierra; una explicación similar puede aplicarse a ‘aeroplano’. Incluso el significado de algunas palabras de origen extranjero parecen contradictorias con su expresión: ‘contradanza’, según el DRAE, es un «baile de figuras que ejecutan muchas parejas a un tiempo, derivado del fr. *contredanse*, y este (respeto en este caso la ausencia de acento gráfico de la Academia, aunque no esté de acuerdo con la norma, como se deduce del resto de mi escritura) del inglés *Country dance* «danza campestre».

Añado un ejemplo de una palabra sobre la que se ha especulado en numerosas ocasiones; me refiero a ‘España’. Desde las crónicas medievales, pasando por la historiografía renacentista, hasta nuestros días se viene discutiendo el origen de esta palabra y su posible significado etimológico; no se ha podido, ni creo que se pueda, llegar a una conclusión definitiva porque no sabemos de qué lengua procede. Sí sabemos con seguridad que el nombre actual proviene de *Hispania* con la evolución normal del latín al castellano, pero los romanos adaptaron a su fonética la designación que utilizaban los hablantes de la época.

Entre los orígenes propuestos está, en época medieval, *Hispan/Ispan*, nombre de un sobrino de Hércules o de un príncipe. En época moderna, con más rigor en las evoluciones fonéticas, hay dos grandes teorías: los que proclaman un origen indoeuropeo y la hacen derivar de una raíz *Hispa-*, similar a la de *Hispalis* «Sevilla», y

---

los que defienden un origen fenicio que la derivan de *\*isephanim* «isla<sup>3</sup> de los conejos» —la abundancia de conejos en *Hispania* fue muy comentada por los romanos, en ocasiones irónicamente, como cuando Catulo habla de *cuniculosae Celtiberiae* «Celtiberia rica en conejos» o «conejífera<sup>4</sup>» (CATULO 37, 18)—, o también «tierras del norte». El que no se pueda llegar a resultados definitivos no es óbice para que se siga intentando; debo decir que las hipótesis de los últimos años están muy bien argumentadas lingüísticamente, pero es requisito previo decidir a qué lengua pertenece el término. Al origen extranjero y oscuro de la designación de nuestra nación se añade el que ‘español’ es también palabra extranjera, probablemente

---

<sup>3</sup> Obsérvese que para alguien que viene desde el sur y no llega a los Pirineos, España se presenta como una isla; precisamente ‘península’ etimológicamente significa «casi una isla» con el prefijo ‘peni’ del latín *paene* «casi».

<sup>4</sup> Me permito utilizar este término no admitido por la RAE por mantener el tono irónico y despectivo del adjetivo latino y del pasaje de Catulo.

---

derivado del occitano, como muestra y demuestra RAFAEL LAPESA (1992).

El Brocense, a la segunda objeción, que sus postulados atentan contra la arbitrariedad del signo lingüístico, no responde de forma expresa —en su época la arbitrariedad, admitida casi por unanimidad después de Ferdinand de Saussure, no era comúnmente aceptada—, pero sí la resuelve indirectamente al exponer los motivos de la elección de algunas palabras. Nos dice que para designar la ventana en latín se usaba *fenestra*, derivado del griego φαίνω «dar luz, mostrar»<sup>5</sup>; los portugueses han elegido *ianela* «puerta pequeña»; los castellanos, ‘ventana’, relacionada con ‘viento’, en latín *ventus*. Incluso en las palabras que se heredan o se toman de otras lenguas se puede optar libremente, aunque en la elección haya una causa o un motivo lógico. La explicación racional en la creación de

---

<sup>5</sup> Esta etimología hoy no es aceptada, aunque se observa el esfuerzo del autor por dar una explicación racional de la palabra.

---

una palabra no implica necesariamente determinismo absoluto; la arbitrariedad del signo no queda comprometida porque se seleccione un término, una palabra, de manera lógica, buscando de esta forma que se pueda entender con mayor facilidad.

Me he detenido intencionadamente en este punto porque es la gran objeción que, desde Platón, se ha hecho a todos aquéllos, entre los que modestamente me incluyo, que defienden una cierta motivación a la hora de crear palabras. Como veremos, hasta en las palabras formadas a partir de la onomatopeya los hablantes pueden elegir con libertad los sonidos que desean. Por otra parte, muchas actuaciones de los humanos están motivadas racionalmente sin que ello menoscabe la libertad; piénsese en la sentencia de un tribunal que admite votos particulares y diferentes plenamente motivados, o en el de una instancia superior que dicta un veredicto distinto al de una inferior. La idea de que las palabras



tienen una ‘explicación racional’ está explícita o implícita en todos los etimólogos y lexicógrafos desde la Antigüedad —Varrón, Verrio Flaco, Festo—, hasta los modernos tratados y diccionarios sobre la etimología.

Otra prueba de la importancia que los hablantes conceden a la claridad y a la motivación de las palabras es que con frecuencia, por la llamada ‘etimología popular’, se cambian sus sonidos para hacerlas comprensibles: *vagamundo* en lugar de *vagabundo*; *Aldealengua* en lugar de *Aldealuenga*; *cerrojo*, por su relación con ‘cerrar’, en lugar de *berrojo* (castellano antiguo), derivado de *ueruculum* —obsérvese que han cambiado la inicial y la /r/ convertida en /rr/—; *longaniza*, en lugar de *loganiza*, procedente de *lucanicia* —famoso embutido en Roma procedente de la región italiana de la Lucania—, por su forma y dimensiones se relaciona con *longus* «largo» y cambia su designación.

## LA MOTIVACIÓN DE LAS PALABRAS

Ya hemos apuntado que desde que se inicia la especulación sobre la lengua en los diálogos platónicos —ya antes los filósofos presocráticos se habían ocupado del tema— se discutía sobre la relación entre los sonidos y su significado. Existían dos grandes corrientes: el «convencionalismo», las palabras adquieren su significado por convención,  $\theta\acute{\epsilon}\sigma\epsilon\iota$ , (en esta línea están Parménides, Demócrito —con matizaciones—, los sofistas, lógicamente, y Aristóteles) y son, por tanto, arbitrarias; y el naturalismo,  $\phi\acute{\upsilon}\sigma\epsilon\iota$  «por naturaleza» (los pitagóricos y, con reservas, Platón), que piensan que hay relación directa entre los sonidos y su significado, lo que implica la negación de la arbitrariedad. Es evidente que las palabras no se han acuñado «por naturaleza», sino por convención, por acuerdo, implícito o explícito, de los hablantes; no hay ningún vínculo estable entre el significante y el significado, pero ello no quiere decir que esta convención,

este acuerdo, sean totalmente arbitrarios y sin ningún tipo de motivación.

Voy a realizar una sucinta «apología» de Platón. Muchos manuales de semántica afirman con bastante arbitrariedad que el filósofo griego defiende el naturalismo y la conexión intrínseca entre los sonidos y el sentido de los mismos. Los diálogos platónicos, además de filosóficos, son obras literarias y éstas deben interpretarse con criterios literarios; no son textos de lectura directa y unívoca, admiten diversas exégesis; por otra parte son muy complejos y están mediatizados por la ironía socrática. Concretamente el *Crátilo* enfrenta a Hermógenes, un sofista, y a Crátilo, mucho más próximo a las ideas platónicas; a priori ya se puede deducir que Sócrates y, por tanto, Platón van a ironizar con el sofista, partidario del convencionalismo radical, y a refutar sus tesis. En este contexto y con estas claves hay que leer el diálogo. No hay, además, una actitud muy definida por parte de Sócrates, que rebate en ocasiones

también las ideas de Crátilo, representante del naturalismo.

Como el contenido y la actitud de Platón sobre esta materia es ambigua y discutida en el *Crátilo*, reproduzco lo que este autor escribe en la *Séptima Carta*:

«Decimos que ningún nombre de ningún (objeto) es firme y que nada impide que lo que se llama ahora *redondo* hubiera sido llamado *recto* y lo *recto*, *redondo*, y (esa designación) no tendría menor firmeza en absoluto para los que tras cambiar (los nombres) llaman (las cosas) al revés». (*Séptima Carta*, 343b).

Si alguien, después de leer este texto, sigue manteniendo que Platón es partidario del naturalismo lingüístico es que no sabe qué es ni en qué consiste. Sí defiende claramente en el *Crátilo* que, igual que hoy cuando creamos una palabra, procuramos que se sea comprensible y esté motivada de alguna forma, bien sea por imitación de los sonidos —lo que hoy se llama onoma-

topeya—, o por la formación de compuestos y derivados de fácil comprensión, o por tomar una palabra extranjera ya bien definida, es esperable que nuestros antepasados hicieran lo mismo cuando inventaron las palabras. Este postulado es muy lógico y lo podemos compartir muchos; por supuesto, el que les habla.

Nos ha indicado ya Platón un procedimiento eficaz para formar, inventar palabras: la onomatopeya o imitación de los sonidos. Junto a éste se debe añadir, en mi opinión, la metáfora o la imagen, mucho más productivas. En adelante me voy a ocupar de ambas.

## LA ONOMATOPEYA

La imitación de los sonidos, que en la actualidad llamamos ‘onomatopeya’, ha sido considerada, casi con unanimidad desde el mundo antiguo hasta nuestros días, como la fuente más obvia de una palabra totalmente nueva. La lengua tiene

otros muchos mecanismos para formar palabras, como la derivación con todas sus variedades, la composición, el préstamo de otras lenguas, la creación metafórica o metonímica, el calco semántico... pero en todas ellas se parte de algo ya existente. ‘Onomatopeya’ significa originariamente ‘creación de palabras’, de ὄνομα «nombre» y ποιῆν «hacer»; por ser el modo más antiguo y más reconocido de formar palabras se ha especializado con este significado, alejado del etimológico; podríamos decir que la ‘onomatopeya’ es la onomatopeya —la creación de palabras— por antonomasia. Palabra onomatopéyica es la que suena de forma parecida a como lo hace su referente, como *tilín tilín*, *sisear*, *piar*, *susurrar*, *murmullo*, *bomba*; obsérvese que las palabras onomatopéyicas en la inmensa mayoría de los casos tienen sonidos repetidos.

‘Bomba’ requiere una breve acotación; en latín clásico existía *bombus* «zumbido de las abejas», «ruido sordo y ensordecedor»; probablemente por imitación de ese

vocablo surgió la palabra; antes de adquirir la forma actual existía *bombarda*, de la que por derivación retrógrada procede la actual. Para los eruditos que sienten curiosidad por las palabras reproduzco dos citas, una de LORENZO VALLA (1973) y otra de ELIO A. DE NEBRIJA<sup>6</sup> (1603):

*...excogitasse id quod proxime accedit ad superiorum miraculum, et bombardam vocamus... Aliqui tormenta aenea magis dicere volunt...*

«...han inventado algo que casi se aproxima a los prodigios de los antepasados, y la llamamos 'bombarda'... Algunos prefieren denominarlas máquinas bronceínas de guerra...»

*Trecenti, aut non multo plures anni sunt, ex quo inventum est hoc tormenti genus, quam vocant bombardam, et in eo genere multae diversitates... Alii sulphu-*

---

<sup>6</sup> Es evidente que las fechas de las obras de Valla y Nebrija aluden a la edición que he utilizado.

---

*rarias aut nitrarias machinas, aut aliq-  
uid tale fingere ausi sunt.*

«Hace trescientos años o no muchos más que se inventó esta clase de máquina de guerra, que llaman ‘bombarda’, y de esta clase hay muchas variedades... Otros se han atrevido a denominarlas máquinas de guerra sulfúreas o nítricas».

El origen de *bombarda* tiene la ventaja añadida de que justifica la no diptongación de la /o/ inicial, ya que la de *bomba* por ser breve y tónica debería diptongar, —como *hortus* da «huerto»—. Es posible, de todas formas, que ante un grupo de nasal más consonante la /o/ breve y tónica no tenga que diptongar, como *contra* «contra».

## ‘MAMÁ’, ‘MAMA’

¿Son ‘mamá’ y ‘mama’ palabras onomatopéyicas? El lingüista BERTIL MALBERG (1973) recuerda que ROMAN JACOBSON



(1962) puso de manifiesto el enorme número de lenguas del mundo que tiene para ‘padre’ y ‘madre’ idénticas o parecidas denominaciones a nuestros ‘papá’ y ‘mamá’. Dejamos al margen ‘padre’ porque en ella no se observa posibilidad de onomatopeya, además de que las lenguas que se citan con sonidos similares para ‘padre’ son todas indoeuropeas y la coincidencia se explica por razones genéticas, derivan todas de una lengua común. El caso de ‘madre’ es diferente; son numerosas las lenguas —no sólo las indoeuropeas que tienen un origen común— que se sirven de la /m/ en la sílaba inicial acompañada en ocasiones de la vocal /a/ para designar a la madre, tanto en palabras con estructura lingüística como en las puramente infantiles. Reproduzco unos cuadros tomado de la obra citada de Bertil Malberg:

PALABRAS QUE SIGNIFICAN ‘MADRE’ EN ALGUNAS LENGUAS

Palabras con estructura lingüística que empiezan por *m*

SÁNCRITO	GRIEGO	LATÍN	INGLÉS	ALEMÁN	SUECO
<i>mātār</i>	μητήρ	<i>māter</i> ( <i>madre</i> )	<i>mother</i>	<i>Mutter</i>	<i>moder</i>

CON INICIAL VOCAL *-m*

VASCO	ALBANÉS	MANCHUR	ASIRIO	HEBREO
<i>ama</i>	<i>ama</i>	<i>eme</i>	<i>ummu</i>	<i>'ém</i>

## PALABRAS INFANTILES

*mam(m)a maman mammi mummy mommi mom mossa*

Palabras con *m* con el significado de «comida», «mamar», «nodriza», «teta» u «otros parientes» (excepto la madre)

SÁNCRITO	INGLÉS	SUECO	LATÍN
<i>mamsa, mas</i> («carne», «comida»)	<i>meat, meal</i> («carne», «comida»)	<i>mat</i> («comida»)	<i>mandere, manducare</i> (francés: <i>manger</i> ) «mastigar» de <i>mam</i> (infantil), «comida»

## LENGUAJE INFANTIL SUECO:

*Mam, mamma, mams*; cfr. *mums* «(buena) comida»

LATÍN	<i>mama</i> ; dim. <i>mamilla</i> , «mama, pecho».
SÁNCRITO	<i>mama</i> , «tío».
LITUANO	<i>móte</i> , «mujer».
ALBANÉS	<i>motre</i> , «hermana».
SUECO	<i>amma</i> , «ama, nodriza» y «amamantar, criar».
ESQUIMAL	<i>ama.ma</i> , «padre».
MANCHUR	<i>ama</i> , «padre».
NORUEGO ANTIGUO	<i>amma</i> , «abuela».
GRIEGO	μᾱῖα, «nodriza».
ALEMÁN DIALECTAL	<i>Muhme</i> , antiguo <i>Mome</i> , «señora, tía».
HOLANDES	<i>Moei</i> , «señora».

Según el autor, al que al citarlo le reconozco autoridad, el sonido labio-nasal—creado en el acto mismo de mamar— se

convierte poco a poco en signo; obsérvese, añadido yo, que la /m/ por ser labio-nasal se puede pronunciar en parte mientras se mama. Es muy curioso igualmente que en latín y, por tanto, en algunas lenguas románicas la sílaba *ma-* aparece en las palabras que designan el pecho: latín *mamma*, castellano y portugués *mama*, francés *mamelle*, italiano *mamella*. Incluso también en varias lenguas empiezan por esta sílaba palabras que designan comer o comida: inglés *meat*, sueco *mat*; italiano *mangiare*, francés *mangiare*, catalán *menjar*; éstos últimos, derivados del latín *manducare* «masticar, mascar», pero que en latín tardío y coloquial significa también ‘comer’; el portugués y el castellano mantienen el clásico *edo* reforzado con la preposición *cum*, *commedere* > *comer*, por simplificación de la geminada y caída de la oclusiva sonora intervocálica, como *uidere* > *ver*. Probablemente por ser una innovación tardía el uso de *manducare* no llegó a las lenguas periféricas; son relativamente frecuentes las innovaciones tardías que no

han llegado a las lenguas alejadas del centro del imperio. En castellano tenemos ‘manjar’, pero esta palabra se formó probablemente por influencia del catalán.

La onomatopeya no puede reproducir con exactitud los sonidos de las distintas cosas de la naturaleza ya que son muy diferentes de los del lenguaje humano; una prueba evidente es que cada lengua recrea con diversos fonemas los mismos sonidos naturales. Un ejemplo ilustrador es la forma en que se imitan los gritos, gruñidos y aullidos de los animales. Se reproduce a continuación un comic muy gracioso sobre cómo representan algunas lenguas los ladridos del perro<sup>7</sup>:



Figura nº 1

<sup>7</sup> Tomado del libro citado de STEVEN PINKER.

La onomatopeya es utilizada especialmente en el leguaje infantil; éste es muy valioso para conocer el nacimiento de la humanidad, como se ha resaltado con frecuencia; a él se dedican numerosas investigaciones en nuestros días.

También ha sido explotada por los poetas de todos los tiempos, desde Homero hasta Rafael Alberti, así lo reclama el poeta inglés ALEXANDER POPE (1688-1744):

Tis not enough no Harshness gives Offence,  
he *Sound* must seem an *Eccho* to the *Sense*.

«No es bastante que ninguna disonancia nos ofenda;  
el sonido debe ser un eco del sentido»

(*An Essay on Criticism*, 264- 265).

Los poetas tienen la ventaja de poder utilizar en un verso palabras con el mismo fonema para lograr por esta vía de forma más eficaz una imitación de los sonidos naturales que quieren reproducir. Se citan siempre como un modelo los famosos versos de GARCILASO DE LA VEGA:

En el **silencio** sólo se escuchaba  
un **susurro** de abejas que sonaba

(*Égloga* 3).

Me complace recordar también el verso virgiliano, el hipotexto, que con maestría imita el gran poeta castellano:

*saepe leui somnum suadebit inire **susurro***

(VIRGILIO, *Églogas* 1, 47)

«**Muchas** veces con **su suave susurro** al **sueño** te persuadirá»<sup>8</sup>.

Del propio Virgilio es también éste:

*exoritur **clamor**que uirum **clangor**que **tubarum***

(*Eneida* 2, 313)

«se levanta el **clamor** de los guerreros y el **fragor** de las trompetas»

Con todo, las onomatopeyas más rotundas se hallan en Ennio, padre de la poesía latina y el modelo de Virgilio en este caso:

*at tuba **terribili sonitu taratantara** dixit*

«Pero la **trompeta** con **terrorífico estrépito** dijo **taratantara**»

(*Annales* Frag. 259)

---

<sup>8</sup> Mi traducción no es muy poética —no me dieron las musas esa gracia—, pero he querido utilizar palabras con los sonidos que mantienen la onomatopeya y aliteración del original; les aconsejo que los versos latinos, aunque no los entiendan, los lean lentamente en voz alta y enfatizando las sílabas marcadas.

Aprovecho también para degustar unos versos de uno de los poemas más bellos de la literatura latina, el que Catulo dedica a su amante Lesbia:

*Vivamus, mea Lesbia, atque amemus*

***Rumoresque senum seueriorum***

***Omnes unius aestimemus assis***

(CATULO 5, 1-3)

Vivamos, Lesbia mía, amemos

y las **murmuraciones** de los **censores severos**

todas ellas en **menos** de un **as** **tasemos**.

Son los versos segundo y tercero los que parecen ser un eco de los rumores, las murmuraciones, de los que critican a los enamorados adúlteros; obsérvese la sonoridad de *rumores* y que en todas las palabras hay una **s**, algo que he querido reflejar en mi *unpoetic* versión.

Quiero recordar un verso ovidiano en el que se describe la levedad del amor, reforzado por aliteración con varias /l/, que preludia uno grandioso de Rubén Darío:

*Et leuis est, et habet geminas, quibus auolet, alas  
difficile est illis inposuisse modum.*

(*Ars Amandi* 2,19)

«Es leve y tiene para salir volando un par de alas,  
imponerles un límite es difícilto»

El de Darío se encuentra en la conocida poesía:

Era un aire suave de pausados giros

.....  
¡Amoroso pájaro que trinos exhala  
bajo el ala a veces **ocultando** el pico.  
Que desdenes rudos **lanza** bajo el ala,  
**con el ala aleve del leve abanico!**

(RUBÉN DARÍO)

El propio Ovidio imita en versos próximos con la repetición de la /m/ y de la /u/, **mu**, el sonido del minotauro, la bestia salvaje, mitad toro, mitad hombre:

*Semibouemque uirum semiuirumque bouem*

(*Ars amandi* 2, 24)

«Al **hombre medio toro** y al **toro medio hombre**»

Al releer estos versos me ha venido a la memoria aquél en que Virgilio logra imitar el sonido del galope del caballo:

*quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum*

(*Eneida* 8, 596)

«Con su **pezuña sacude** el polvoriento **campo con** un sonido **cuádruple**»

Ecós de este verso pueden verse en los de Rafael Alberti:

**Galopa, caballo cuatralbo,**  
jinete del pueblo,  
que **la** tierra es tuya.

(*A galopar*)



Siempre me han impresionado los numerosos recursos y figuras fonoestilísticas de la poesía latina; probablemente se debe a que surgió de los himnos religiosos pre-literarios y de los *carmina conuiuialia* y *triumphalia*, «canciones de banquetes y celebraciones de triunfos militares», que se cantaban a coro. Estas figuras incrementaban la sonoridad y facilitaban el aprendizaje; también pudo influir el hecho de que la poesía latina era habitualmente escuchada, no leída, debido a la escasez de libros o volúmenes por razones obvias.

Una prueba evidente de la importancia que la onomatopeya tiene para la lengua es el hecho de que algunas palabras que han perdido la sonoridad imitativa la recuperan con la incorporación de sonidos nuevos. Tenemos un ejemplo muy claro con la palabra ‘cigarra’; deriva del latín *cicada*, con dos velares sordas repetidas y con pronunciación idéntica [ki] [ka] [kikada], pero la palatalización asibilada de la velar primera ante vocal palatal [θi] y la sonoriza-

---

ción de la sorda intervocálica, con el consiguiente paso a [ga], han privado por completo al vocablo del carácter onomatopéyico que la lengua ha querido compensar con la creación de ‘chicharra’; incluso, en mi opinión, la /rr/ ya fue un modo de compensar la pérdida del sonido latino que también se halla en portugués *cigarra*.

En los tratados y monografías sobre esta materia se afirma que la onomatopeya tiene el inconveniente de que sólo puede designar las cosas que producen ruidos. Creo que no es del todo exacto, ya que —como veremos en el próximo apartado— hasta la más etérea de nuestras ideas puede expresarse mediante unas metáforas aplastantemente concretas; si el elemento en el que se descansa la metáfora tiene sonido, podría éste por «convenio», esto es, por decisión de los hablantes, expresar aquella idea o realidad mental.

Voy a exponer un ejemplo concreto con una hipótesis arriesgada; es una conjetura que he meditado durante bastante tiempo y

---

que no pensaba publicar nunca, pero la confirmación de mi antigua hipótesis por un lingüista de prestigio me ha decidido a publicarla. Se trata de ROBERT S. P. BEEKES (2009), que defiende en su diccionario etimológico del griego (s. v.) que ψυχή —derivada del verbo ψύχω «respirar»—, «aliento», «vida», «espíritu», «mente», «alma», contiene los fonemas /p/ y /s/, ya que la ψ es una grafía que representa estos dos fonemas que unidos pueden ser sonidos imitativos del de la respiración [psi].

La palabra *spiritus* «respiración», «espíritu», con su /s/ líquida inicial sin apoyo vocálico seguida de la /p/, mantiene los mismos sonidos y la misma posible imitación rudimentaria que ψυχή. Creo que la coincidencia en ambas lenguas de los mismos sonidos, [psi] en griego, [spi] en latín —aunque con distinto orden—, refuerza el posible carácter onomatopéyico de las dos palabras; ésta es la hipótesis que yo defiendo.

Por éste y por otros motivos —para que la noble disciplina de la ‘psicología’ no se convierta en el «tratado de los higos» ὄγκον «higo»); para que no se confundan ‘psicosis’ «enfermedad mental» y ‘sicosis’ «enfermedad física, tumoración de las raíces de los pelos de la barba con unos granos con aspecto de pequeños higos», y para que las futuras generaciones puedan ratificar o refutar mi hipótesis—, debemos mantener la /p/ inicial de ‘psicología’; si la Real Academia permite su supresión, peor para la Academia, como dijo ante un atropello parecido un prestigioso gramático del Estudio.

Tan arraigada estaba la creencia en la identificación del alma con el aire de la respiración que el obispo Sinesio de Cirene (s. IV-V d. C.), filósofo neoplatónico, padre de familia y discípulo de Hipatia —tan famosa últimamente—, nos narra en una carta dirigida a su hermano Evoptio, escrita el 407, una escena trágica en alta mar, acaecida en un viaje tormentoso desde

Aleandría a Cirene: en medio de una terrible y espantosa tempestad muchos marineros, angustiados, se van clavando puñales ante la que creen muerte ‘inminente’ en el doble sentido del término; tras los requerimientos y preguntas del obispo, le confiesan que prefieren morir al aire libre antes que en el fondo del mar, ya que en este último caso sus almas, obstruidas por las aguas, no podrían salir del cuerpo y se verían privadas de la inmortalidad. El obispo cree que esta idea de alguna forma ya estaba insinuada en Homero (*Odisea* 4, 511). Pienso que ha pervivido hasta nuestros días; me refiero a la creencia de que el alma abandona el cuerpo con la última espiración, por ello se llama ‘expiración’. Los sonidos se mantienen en ‘**res**pirar’, ‘**inspi**rar’, ‘**es**pirar’, ‘**exp**pirar’ —nuestra [x] es también una grafía que representa dos fonemas, la /c/ y la /s/.

Aunque mi hipótesis de que tanto la palabra griega como la latina responden a un origen onomatopéyico no se puede probar

---

apodícticamente —también es muy difícil refutarla—, creo haber mostrado la posibilidad de que la onomatopeya haya dado origen también a palabras que designen actividades o potencias mentales y psíquicas, incluso conceptos abstractos. Se trataría de una metáfora inicial que posteriormente se expresa con una onomatopeya. Es evidente que para que esto se produzca la metáfora debe estar muy arraigada en la mentalidad y en la cultura de los hablantes, y debe ser comprendida por la mayoría de ellos.

Una prueba innegable de lo arraigada que estaba en la cultura grecorromana la metáfora de la expresión del alma por el soplo de la respiración, nos lo muestra la evolución del verbo *necare* en latín tardío (OTTO IMMISCH: 1931) y en las lenguas románicas; este verbo significaba en la lengua clásica ‘matar’, especialmente ‘matar sin armas’, frente a *occido* e *interficio*; en latín tardío se especializa en la designación de la muerte de los ahogados:

*Nonnulli in flumine Garonnae **necati**,*  
(GREGORIO DE TOURS, s. VI, *Gloria martyrum*, 104)

«No pocos fueron ahogados en el río Garona».

*... genitorem trucidasti, matrem eius, lapidem ad collo legata, **negare** iussisti,*  
(FREDEGARIO, s. VIII 3, 19)

... «asesinaste a su padre, a su madre ordenaste ahogarla atándole una piedra al cuello».

En este ejemplo *necare* aparece ya con la sonorización de la sorda intervocálica /c/ > /g/, como en muchas lenguas románicas.

En las Glosas de REICHENAU (siglo VIII), una especie de diccionario, leemos: *sumergere i.e. **necare***; «sumergir, es decir, ahogar».

En las lenguas románicas ha evolucionado a *negar* en catalán y occitano, a *noyer* en francés, con el significado de «ahogar» y el de «inundar»; en italiano a *annegare*

con el de «anegar», «ahogar», «sumergir»; en portugués y en castellano a *anegar*, en rumano a *înecare* con el de «inundar». Tanto el italiano como el portugués, el castellano y el rumano parecen, en mi opinión, derivar del verbo reforzado por el prefijo *ad*, muy frecuente en las formaciones tardías y románicas: *adnegare* tras la asimilación de las dos consonantes *annegare* y la simplificación de la geminada en portugués, en rumano y castellano; este último cambio no se produce en italiano, ya que perviven las geminadas. Pretender que estos términos derivan de *enecare* — como afirma el DRAE— es muy complicado y difícil de explicar.

Se puede afirmar que para su mentalidad la muerte de los ahogados era de las más terribles, y por ello especializaron el verbo *necare* para designar la muerte por excelencia, por antonomasia, la mayor de las muertes. Es verdad que se añadía también el miedo ancestral a que los cadáveres quedaran insepultos.



Una metáfora similar a la de *spiritus* la encontramos en la palabra *anima*<sup>9</sup> que significa en latín ‘aire’, ‘viento’, ‘soplo’, ‘respiración’ y, también, ‘alma’; es, lógicamente, el antecedente de nuestras ‘alma’ y ‘ánima’, y está relacionada con el griego ἄνεμος «aire», «viento». También en griego πνεῦμα significa ‘soplo’, ‘viento’; ‘aliento’, ‘respiración’; ‘espíritu’, ‘soplo divino’, ‘Espíritu Santo’ —esto sólo en la Biblia—; el verbo πνέω significa ‘soplar’, ‘resoplar’; ‘respirar’; se da también la misma relación entre ‘aire’, ‘soplo’ y ‘espíritu’; πνῆγος «sofoco», designaba también la parte de la parábasis de la comedia que se pronunciaba sin respirar, con el consiguiente sofoco. Se pensaba que con la última espiración el alma salía del cuerpo y vagaba por el espacio.

---

<sup>9</sup> En latín junto a *anima* existía también *animus*. Explicar las diferencias entre ambos términos compete más a la lexicología latina que a la castellana; por ello prescindimos de aclararlas; sólo nos interesa mostrar la relación entre *anima* y ἄνεμος «aire», «soplo de la respiración».

---

Muy relacionada con la onomatopeya se puede considerar la importancia que las lenguas conceden a los sonidos y a su extensión en la formación de las palabras. Muchas lenguas reservan los monosílabos para las partes de la oración de escaso o nulo significado —aunque importantes gramaticalmente—, como artículos, pronombres, partículas, preposiciones, conjunciones e interjecciones. Es lo que también se llama el valor icónico de las palabras: las que designan o significan conceptos o realidades de mayor trascendencia suelen ser más largas. En el paso del latín al castellano han desaparecido numerosos monosílabos o han anulado su significado: *res* era una palabra de singular relevancia en el lenguaje político y jurídico, tan importante para los romanos: *respublica*, *res familiaris* «la propiedad familiar», pero no se ha conservado en castellano ni en muchas otras lenguas románicas; en francés y catalán ha evolucionado a *rien* y *res* respectivamente, que significan ‘nada’. Incluso muchos de los pocos monosílabos de palabras plenas de

significado son «secundarios», quiere decir que proceden de bisílabos que han perdido los sonidos finales: ‘sol’ deriva de *solem*, no de *sol*; ‘león’, de *leonem*, no de *leo*; por esa pérdida de los fonemas finales, se explica que en castellano haya palabras agudas cuando en latín no había ninguna, excepto, evidentemente, los monosílabos tónicos.

Se puede observar también —por las mismas razones en mi opinión— cómo en la lengua cotidiana se tiende a incrementar las palabras sin ningún motivo: *comparativa* por ‘comparación’, *audiolización*, *aperturar*, *supuestísimo*, *emprededuría*, por ‘ánimo de emprender’, *ejercitar* por ‘ejercer’, *complementar* por ‘completar’, *cumplimentar* por ‘cumplir’, *señalizar* por ‘señalar’, *metodología* por ‘método’, *climatología* por ‘clima’, *problemática* por ‘problema’, y los innumerables mártires —las palabras son en ocasiones verdaderos mártires de los hablantes— de todos los tiempos.

## LA CREACIÓN METAFÓRICA

La esencia de la metáfora es entender un tipo de cosa en términos de otra. Los dos conceptos implicados son diferentes y parte de uno no está en el otro; este carácter metafórico de las palabras es el que impide que éstas sean equivalentes en las distintas lenguas; por ello resulta en ocasiones muy difícil la traducción.

Hasta hace unas décadas se pensaba que la metáfora y la metonimia eran figuras retóricas o poéticas propias de la poesía y de la oratoria; hoy, afortunadamente, la mayoría de los especialistas en semántica reconocen que son la forma **esencial** de la creación y evolución del léxico, porque no son una forma de la lengua sino del **pensamiento**. No sólo hablamos con metáforas, pensamos también con ellas.

En libro ya citado de STEVEN PINKER se afirma de manera muy documentada que en la breve Declaración de la Independencia de Estados Unidos —no más de cuatro

líneas— hay numerosas metáforas en un texto jurídico-político, nada literario ni poético por tanto. No puedo detenerme a comentarlas pero muchas de ellas, como bien apunta el autor, están ya en la lengua latina; no olvidemos que la mayor parte de las palabras inglesas, aunque no las más usadas, proceden del latín. El autor domina relativamente bien el latín o está bien asesorado, pero si conociera con profundidad la historia y etimología de las palabras explotaría más las virtualidades de alguna de las imágenes que cita, y encontraría algunas más.

También el sugestivo y, a la vez, muy riguroso libro de GEORGE LAKOFF Y MARK JOHNSON MARK (1986) afirma que se han encontrado evidencias lingüísticas que muestran que la metáfora impregna todo el lenguaje, aunque tradicionalmente se la ha considerado como una cuestión de interés periférico. Hasta tal punto insiste LAKOFF en la casi omnipresencia de esta

figura que se le ha llamado el «apóstol de la metáfora».

No he encontrado en la Antigüedad afirmaciones similares, pero sí he comprobado que tanto los griegos como los romanos —la lengua de éstos la conozco mucho mejor— utilizaron numerosas metáforas para designar conceptos: la palabra griega κέντρον «pincho» empezó a designar el centro geométrico; κώνος «piña», el concepto geométrico ‘cono’; σφηαῖρα «pelota», el de ‘esfera’. En latín *cardo* «gozne, quicio» designó el punto cardinal y, posteriormente, las virtudes cardinales; *capesso* «coger», también ‘encargarse de’, ‘emprender’; *robur* «roble», ‘fortaleza’, ‘vigor’; de él procede también ‘robusto’ y la frase *estar o ponerse como un roble*.

La idea de que la lengua está henchida de metáforas no es nueva, por tanto, en absoluto. Ya en 1804 el poeta y novelista alemán, JOHANN PAUL FRIEDRICH RICHTER, llamado también JOAN PAUL, escribió en *Vorschule der Aesthetik (Introducción a la*

*estética*) que toda lengua es *ein Wörterbuch erblasseter Metaphern*, «un diccionario de metáforas empalidecidas»; quería significar con esta frase que la mayoría de las metáforas en las que se basa la lengua son prácticamente irreconocibles o de difícil comprensión. Estoy totalmente de acuerdo con el escritor alemán; intento explicar su frase y mostrar por qué las metáforas han empalidecido, han perdido frescura, se han desdibujado. Se debe en algunos casos a que ha desaparecido el objeto físico o la actividad que sirve de apoyo a la metáfora; en otros, ha evolucionado fonéticamente tanto la designación de uno de ellos que ya no se reconoce la relación; y en otros, la diferencia semántica es tan grande que ya sólo los interesados por este tema observamos la antigua metáfora.

La misma idea la destacó con otras palabras ARSÈNE DARMESTETER (1979): «Dans aucune des langues dont nous pouvons étudier l'histoire, il n'y a de mot abstrait qui, si l'on en connaît l'étymologie, ne se résolve en mot concret». Esta afirmación

es un tanto exagerada, aunque tiene parte de razón; por otro lado, por metonimia y sinécdoque algunos sustantivos abstractos han evolucionado a concretos, como veremos más adelante.

Antes de poner algunos ejemplos, que espero resulten clarificadores, quiero protestar contra alguna designación de estas arcaicas metáforas. Algunos las llaman «metáforas muertas»; las califican así porque ya no siguen operativas en la lengua o no se perciben con facilidad; no me gusta en absoluto esta denominación porque a nadie se le ocurre llamar «muerto» al arte románico o al gótico, aunque ya no se levantan ni catedrales ni colegiatas en estos estilos; y si no me gusta esta calificativo para las metáforas, mucho menos me gusta para las lenguas, especialmente para aquéllas que nos han transmitido unas hermosas creaciones literarias y poéticas de las que, al menos algunos (cada día menos, desgraciadamente) todavía podemos disfrutar —no quiero hablar, aunque



me tienta, porque no es el lugar ni la ocasión, de los raquíuticos planes de estudio para las humanidades y para las lenguas clásicas en los últimos decenios—; además, son el modelo y la fuente de las literaturas de nuestro entorno cultural.

Expongo a continuación una serie de palabras que proceden de metáforas hoy desdibujadas: *ponderare* significaba en latín ‘pesar’, ‘calcular el peso’ y, metafóricamente, ‘medir’, ‘apreciar’, ‘juzgar’, relacionado con *pondus* «peso»; en castellano se ha perdido esta relación y se ha oscurecido la metáfora; *riualis*, antecedente de ‘rival’, era derivado de *riuus* «río», designaba a los campesinos que compartían el mismo río, el mismo regato, y competían, luchaban por el aprovechamiento de las aguas de riego; *coniectura* deriva de *conicio* «arrojar varias cosas a la vez», posteriormente pasa a significar ‘suposición’, ‘hipótesis’. La apelación al latín no se debe a mi especialidad profesional, sino a que la inmensa mayoría de las palabras patrimo-

---

niales del castellano proceden de dicha lengua y han heredado tanto los significados propios como los figurados. En nuestro idioma podemos citar ‘banco’, que designa tanto un asiento como los establecimientos de crédito; para muchos hablantes la metáfora ha empalidecido porque no recuerdan que los prestamistas antiguos y medievales realizaban sus transacciones en bancos situados en los mercados. Incluso en palabras que tienen la misma designación muchos no se acuerdan de la metáfora, como ‘sierra’, ‘banquete’, ‘discurrir’, ‘curso’.

## PENSAR, COMPRENDER, RAZONAR

Me centro ahora en tres actividades esenciales del ámbito intelectual y cognitivo que tenían en latín un origen muy concreto, que hemos heredado en castellano y de las que hemos perdido la motivación metafórica; me refiero a ‘pensar’, ‘comprender’, ‘razonar’, y los sustantivos co-

rrespondientes. Como las metáforas en que se basaron se han «marchitado» por completo, pretendo darles un toque de frescura y lozanía.

Probablemente la inmensa mayoría de los castellanohablantes no crea que el alimento de los animales y el presente del verbo ‘pensar’ —ambos designados por ‘pienso’— están relacionados de alguna manera, pero sí que lo están, como trataré de mostrar. Algo similar puede suceder con ‘pesar’ y ‘pensar’.

En latín el verbo *pendo* significaba ‘pesar’, ‘pesar el dinero’, ‘pagar’. Este significado puede explicarse porque antes de la acuñación de la moneda se pagaba, primero con ganado *pecus*, de donde proviene ‘*pecunia*’, después con el *aes rude* o *aes brutum*, «bronce en bruto», trozos de metal sin acuñar, y había que calcular el peso o pesarlo. Junto con el significado directo tenía también el figurado o metafórico de ‘pesar mentalmente’, ‘evaluar’, ‘estimar’, ‘calcular’; su participio era *pensum*

---

—no es irregular, ya que fonéticamente es fácil de explicar pero requiere conocimientos especializados de lingüística latina—. A partir de *pensum* ha surgido un verbo denominativo *penso* que ha recogido todos los valores de *pendo* y lo ha sustituido en los verbos compuestos: *compenso* «compensar», *dispenso* «dispensar». También *pensum*, sustantivo verbal neutro, designaba el peso de lana que debían tejer las esclavas, una cantidad fija y determinada, a partir de ahí cualquier tarea; en los colegios de jesuitas se designaba con esta palabra los quehaceres escolares, los deberes de los alumnos. De aquí deriva también ‘pienso’, «alimento de los animales», cantidad determinada y pesada. En latín tardío surgió un femenino, *pensa* «provisiones para un día», —probablemente un plural neutro que se hizo femenino por la terminación, como *uota* «boda», *folia* «hoja»—.

Por la pluralidad de significados de esta raíz han surgido en castellano numerosas palabras con valores diferentes, algunos

casi antitéticos: ‘despensa’, ‘dispendio’, ‘dispensa’ —etimológicamente privar del *pensum*, de la obligación—, ‘expensas’, ‘pensión’. El valor metafórico de las palabras, como ya hemos indicado, es el responsable de la mayoría de las polisemias.

No debemos olvidar que junto a *pendo*, verbo transitivo, existía en latín *pendeo*, intransitivo y con el mismo pretérito perfecto, *pependi*, «estar suspendido» «pende», «estar colgado»; de él derivaba *pendulus*, «pendiente», «suspendido», «colgado», y de ahí nuestro ‘péndulo’, objeto que no conocían los romanos. También ‘perpendicular’, pero la explicación de esta evolución alargaría en exceso esta disertación. De este verbo, en mi opinión, derivan ‘dependiente’ e ‘independiente’, metáfora muy bien vista por STEVEN PINKER en el libro citado al hablar de la Independencia de Estados Unidos, pero que hubiera expuesto con mayor claridad con los datos anteriores.

La relación entre el significado de ambos verbos ‘colgar’ y ‘pesar’ la podrán entender fácilmente los que recuerden cómo funcionaba —ya prácticamente no se usa, en mis clases algunos alumnos la desconocían— la romana; el objeto que se va a pesar está colgado, pende del instrumento; en latín se llamaba *statera*. No se sabe curiosamente el origen de la palabra ‘romana’, que parece evidente: unos piensan que deriva de *statera romana* con la supresión de la primera parte por razón de economía lingüística; otros, del árabe *rummâna*; JOAN COROMINAS y JOSÉ A. PASQUAL (1986) afirman que la cuestión está sin resolver; el DRAE se inclina por la primera hipótesis.

Para concluir esta larga disquisición quiero relacionar ‘pesar’ y ‘ponderar’, ambos de significación parecida; las raíces *pond* y *pend* tienen el mismo origen. En las lenguas indoeuropeas el significado dependía de las consonantes —en este caso

son las mismas—, las vocales tenían casi exclusivamente una función gramatical o morfológica; el cambio de vocal no implicaba cambio de significado. Todavía en castellano, mucho más en griego y latín, tenemos ejemplo de este fenómeno: ‘doy’, ‘damos’, ‘demos’, ‘dimos’; ‘tú’, ‘ti’, ‘te’, cambiamos las vocales sin que varíe el significado; en inglés tenemos *sing*, presente; *sang*, pasado; *sung*, participio del verbo que significa ‘cantar’. Por ello *pond-us* y *pend-o* tenían el mismo origen y significado; por la difusión de *pendo* y *pensum*, *pondus* fue muy poco utilizado.

Otra actividad intelectual de suma importancia se expresa por una metáfora más brillante todavía y original, me refiero a ‘comprensión’ y ‘comprender’. *Comprehendo* significaba en latín originariamente ‘coger’, ‘prender’, ‘asir’; era un derivado de *prehendo*, sincopado *prendo*, del que proviene nuestro ‘prender’, con parecidos valores; pronto adquirió el significado

figurado de ‘comprender’, ‘entender’ y con ése ha llegado a las lenguas románicas: esp. *comprender* —antiguamente *comprehender*—, fr. *comprendre*; it. *comprèndere*, port. *compreender*. Significado metafórico también tiene *adprehendo*, del que deriva ‘aprender’. La metáfora se basa en la imagen de que «coger es entender», o «entender es capturar», como afirman GEORGE LAKOFF Y MARK JOHNSON MARK: 1986. Se mantiene la metáfora en frases como: «ya he cogido el chiste, la explicación», «lo tengo cogido con alfileres». Esta imagen me parece especialmente significativa porque se da también en otras lenguas no románicas, como en alemán *greifen* «coger», *begreifen* «comprender»; en sueco *gripa* «asir» y *begripa* «comprender». Una metáfora similar se observa en griego con λέγω y λόγος, de los que me ocuparé más adelante.

Para completar este conjunto de metáforas que han originado palabras que designan actividades mentales voy a



ocuparme de *ratio*, de la que derivan tanto ‘razón’ como ‘ración’; la primera, del significado figurado, la segunda más próxima al primitivo. Tan sorprendente o más que la relación entre los dos significados de ‘pienso’ puede ser la que etimológicamente hay entre estas dos palabras, ya que no se observa ninguna semejanza entre la «facultad de discurrir» —primera acepción del DRAE para ‘razón’— y «porción de alimentos que se sirve en bares, tabernas, etc.» —definición del DRAE para ‘ración’—; parecen dos definiciones irreconciliables. También deriva el tecnicismo *ratio*, siempre femenino, por favor. Como en otros casos, se debe, en parte, a la polisemia del término latino, motivada, en mi opinión, por los valores figurados y a la complejidad de la palabra latina. Una prueba de ello es que hay una densa monografía de trescientas páginas dedicada a su explicación (ALBERT YON: 1933).

Es, por tanto, *ratio* una de las palabras más complicadas de la lengua latina y, por

---

ello, muy difícil de traducir; me ha causado muchas dudas y he consultado a algunos colegas del Departamento para traducirla en el texto del Brocense; no estoy en absoluto satisfecho y hubiera precisado de varios términos para verterla satisfactoriamente. Pensé dejar ‘razón’ o elegir ‘motivo’ o ‘causa’, pero estas palabras pueden dar la impresión de que hay un excesivo determinismo a la hora de acuñar los vocablos.

En un diccionario latino bilingüe de tamaño medio se dedican a *ratio* página y media a tres columnas con letra diminuta y con más de cien acepciones —es verdad que muchas son contextuales, es decir, aclaraciones del significado en determinados sintagmas—, por ello entenderán la dificultad de elegir la palabra precisa en castellano. Algo similar sucede para ‘razón’ en el DRAE, ya que en el de 2001 hay cincuenta y ocho definiciones; en el del 1992, cincuenta y nueve —sucede como en los latinos, muchas son de sintagmas en los

que aparece ‘razón’—; incluso en el diccionario de la red aparece como «artículo enmendado», subrayado en rojo.

*Ratio* significa originariamente ‘cuenta’, ‘cómputo’, ‘cálculo’; hay una frase muy elocuente de PLAUTO (s. III-II a. C.): *digitis rationem computare* (*Miles gloriosus* 204) «resolver la cuenta con los dedos<sup>10</sup>»; como otros términos similares pronto adquirió el valor figurado o metafórico: ‘facultad de calcular’, ‘juicio’, ‘doctrina’, ‘raciocinio’, ‘argumento’, ‘ciencia’, ‘sistema’, ‘razón determinante’, ‘causa’, etc. El verbo denominativo era *rationari*, verbo deponente en latín —terminaciones de pasiva con significado originariamente medio, posteriormente activo— del que deriva ‘razonar’. El significado de ‘ración’, ‘parte proporcio-

---

<sup>10</sup> Observen la antigüedad que tiene la costumbre de sumar utilizando los dedos, más de 2300 años; desde los personajes de Plauto (siglo III a. C.), autor cómico, hasta un profesor de matemáticas al que vi hacerlo de esta forma al sumar las notas de un ejercicio en las Pruebas de Acceso a la Universidad.

nal', viene motivado porque para un reparo exacto hay que hacer un cálculo preciso para que sea equilibrado. Obsérvese que la palabra 'cuenta' también en castellano puede significar 'razón', 'explicación': «No tengo que dar cuentas a nadie»; pervive, aunque empalidecida, la metáfora primitiva.

Voy a exponer una breve observación sobre las palabras de origen latino; la doctrina tradicional las divide en cultas —las que no han evolucionado fonéticamente, en este caso *ratio*—; semicultas —cuya evolución ha sido cortada, en este caso 'ración'—; y populares —las que han evolucionado por completo, en este caso 'razón'—. Esta teoría, que goza del prestigio de la tradición, hoy es rechazada generalmente porque no parece convincente, como se demuestra en este caso —nadie puede pensar que 'ración' sea más culta que 'razón'— y en otros muchos, por ejemplo, 'flaco', derivado de *flaccus*, no parece más culta que 'llama', derivada de *flamma*.

Se observa, por tanto, una metáfora similar en todos estos verbos que originariamente significan ‘pesar’, ‘contar’, ‘computar’, ‘hacer cuentas’, que figuradamente designan actividades intelectuales como ‘pensar’, ‘ponderar’, ‘valorar’, ‘estimar’, etc. Hay bastantes más y en todos ellos se observa el salto de una actividad concreta, física, a una intelectual y mental. Estas metáforas nos indican también la concepción de la sociedad en que surgen: la importancia de la moneda, la *pecunia*, las cuentas, el dinero, etc. Son significativas del mundo romano y de sus intereses y prioridades. Las orientaciones metafóricas no son totalmente arbitrarias, tienen una base en nuestra experiencia física y cultural, lo cual no impide que las podamos elegir.

Para concluir este apartado voy a comentar un verbo con valores similares a los anteriores, pero cuya metáfora proviene del mundo rural. El verbo *putare* significaba ‘podar’, valor que ha conservado

---

nuestro ‘podar’, palabra evolucionada o popular; pero aplicado a las cuentas significaba ‘comprobarlas’, ‘limpiarlas’ —ésta es la labor del podador, limpiar— y de ahí obtuvo el sentido de ‘calcular’, ‘estimar’, ‘juzgar’; éste se comprueba en *computare*, *imputare*, *disputare*, *putatiuus* —de fácil traducción al castellano—; el primitivo valor de podar o cortar se conserva también en *amputare*. No hay que tener mucha imaginación para saber por qué el verbo simple no se ha conservado en castellano sin evolución fonética; la lengua siempre ha rechazado las palabras malsonantes o peligrosamente equívocas; no ha tenido inconveniente en mantener los derivados, tanto los verbos como el adjetivo: ‘computar’, ‘reputar’, ‘putativo’. Los compuestos son todos cultismos incorporados tardíamente a nuestra lengua, pero el verbo simple no fue aceptado tampoco como cultismo.

Hasta ahora me he ocupado de las metáforas «empalidecidas», «marchitas»,

---

«desdibujadas» —nunca «muertas»—; voy a exponer concisamente una metáfora conceptual, tomada del libro ya citado de GEORGE LAKOFF y MARK JOHNSON MARK: «Una discusión es una guerra». Esta metáfora, según los autores, se refleja en nuestro lenguaje cotidiano en una amplia variedad de expresiones:

Tus afirmaciones son *indefendibles*.  
Atacó todos los puntos débiles de mi argumento<sup>11</sup>.  
Sus críticas dieron *justo en el blanco*.  
Destruí su argumento.  
Nunca le *he temido* en una discusión.  
¿No estás de acuerdo? Vale, *dispara!*  
Si usas esa *estrategia*, te aniquilará.

Es evidente que las metáforas actuales, de plena vigencia en nuestra lengua, permiten organizar un entramado sistemático de expresiones acordes con el significado y valor de la metáfora. Solo quiero advertir que en castellano ‘discusión’ deriva del verbo *discutio*, compuesto de *quatio* «batir,

---

<sup>11</sup> Como muy bien apuntan los traductores, muy competentes, el inglés *argument* tiene tanto el sentido de un discurso para apoyar una posición, como el de un proceso de razonar, debatir o discutir.

---

combatir, golpear»; la idea ya estaba en el origen y desde este significado físico adquirió en latín tardío el de ‘discusión’. Por tanto, que «una discusión es una guerra» ya estaba en el origen de la palabra.

## LA METONIMIA

La metonimia es la sustitución de un término por otro que presenta con el primero una relación de contigüidad espacial, temporal o causal: «La Corona afirma que la justicia es igual para todos». Se diferencia de la metáfora en que en ésta los dos términos pertenecen a campos semánticos diferentes. La metonimia también es responsable de muchas polisemias, por ejemplo, de ‘corona’. Relacionada con ella —algunos las identifican— está la sinécdoque, en la que se utiliza la parte por el todo, o el todo por la parte: «En la Universidad se necesitan muy buenas cabezas»; la elección de la parte no es del todo indiferente: se elige la más representativa o la más adecuada para el fin que persigue la frase. La



libre elección, por tanto, también se da en la metonimia, figura que está muy presente en todas las lenguas, y el nuevo valor de la palabra se capta con absoluta facilidad, como muestran los dos ejemplos anteriores y miles más que se podrían citar.

Voy a ocuparme de nuevo de aquellas metonimias que proceden del latín y que han determinado el sentido de muchas palabras de nuestra lengua, se trata de dar «una explicación» de su significado. *Mansio*, de su valor abstracto, ‘permanencia’, pasó a significar, ‘pasar la noche’, posteriormente se usó para referirse a ‘el lugar donde se pasa la noche’, un albergue, una vivienda, una especie de posada; posteriormente designó una mansión, casa suntuosa, y con este valor se encuentra en numerosas lenguas románicas, por ejemplo, en francés evolucionó a *maison* «casa» de donde deriva nuestro ‘mesón’.

*Venatus* «acción de cazar» pasó a designar al ‘objeto de la caza’ —doble valor tiene también el castellano ‘caza’— y posterior-

mente a cualquier objeto de la caza mayor, especialmente oso, jabalí o ciervo, y por fin venado, port. *veado*, por ser el botín máspreciado del cazador. *Stilus* era una especie de punzón con el que escribían los niños romanos en unas pizarras encera-  
das, a continuación «forma de la escritura», «estilo literario». *Rubrica* «roja» pasó a significar ‘rúbrica’, porque los documentos antiguos se firmaban con tinta roja. *Dignitas* «dignidad», término abstracto, designó también a la persona que tiene una prebenda honorífica; este valor se otorga a determinados miembros de los cabildos catedralicios. Esta misma metonimia se da en *iustitia* que pasa a designar al juez y se conservó en el «Justicia Mayor del Rey», dignidad del antiguo reino de Castilla y León; pervive hoy en Aragón, el Defensor del Pueblo de la Comunidad. También *corona* en latín medieval —en latín clásico significaba ‘guirnalda’ o ‘corona de flores’, nunca un distintivo de la monarquía— adquiere el significado metonímico como en castellano.

La metonimia es muy frecuente en todas las lenguas, se podrían presentar muchos más ejemplos. Termino con la evolución de *laborare*, que significaba ‘trabajar’, ‘esforzarse’; en la época tardía —probablemente por la ruralización del Imperio— se especializa en el trabajo del campo y, dentro de éste, en la actividad agrícola más importante, más representativa, ‘labrar’; también tenemos en castellano ‘tierra de labor’. De un trabajo con esfuerzo pasó a designar el trabajo del campo, dentro de éste, el más importante, y llegó incluso a designar el lugar en que se labra. Algunas lenguas románicas lo han conservado con el significado primitivo, por ejemplo, el italiano; también en castellano ‘labor’ —«sus labores»—, lo mantiene en algunos contextos. ‘Trabajar’ proviene de *tripaliare*, verbo derivado de *tripalium* —«de tres palos», instrumento de tortura—, en castellano antiguo *trebajar*, y por asimilación de las vocales la forma actual. Todavía en ‘trabajo’ se mantiene el valor de ‘sufrimiento, dolor’. Posiblemente se eligió

esta palabra para responder al mandato divino de «comerás el pan con el sudor de tu frente».

Una metonimia también es, en mi opinión, el mecanismo por el que determinados nombres propios de personajes —reales o literarios—, de ciudades, de países, etc., famosos por una actividad, por un producto, por una virtud o por una cualidad, se convierten en nombres comunes para designar alguna de esas características. En castellano tenemos el ejemplo de ‘celestina’, ‘quijote’, ‘donjuán’, ‘jesuita’ —«hipócrita, taimado», definición del DRAE—, ‘dulcinea’, ‘mayonesa’, ‘panamá’; éstas se usan también en francés y en otras lenguas románicas. Este tipo de formaciones son muy numerosas en todas las lenguas y muchas son comunes a las de nuestro entorno cultural.

Como en secciones anteriores, voy a centrarme sólo en algunas que tienen origen grecolatino para intentar, siguiendo el consejo del Brocense, ofrecer una explica-

ción, espero que racional, de las mismas, de forma que puedan comprenderlas mejor los que no conocen bien esa cultura.

‘Mecenas’, patrocinador de las artes y de las letras, deriva de Cayo Cilnio Mecenas protector de los poetas y artistas de la época de Augusto; ‘anfitrión’, de un personaje de la obra *Amphitruo* de Plauto que invitó a cenar a Júpiter y a Mercurio, difundido especialmente por una obra homónima de Molière; ‘sosias’, «persona que tiene parecido con otra hasta el punto de poder ser confundida con ella», de Sosias, personaje de la misma obra que se hace pasar por otro; ‘aborígenes’, era el gentilicio de los primeros pobladores de Italia; ‘afrodisíaco’, de Afrodita, Venus en Roma, la diosa del amor; ‘filípica’, de los duros discursos de Demóstenes contra Filipo IV, padre de Alejandro Magno; ‘julio’, de Julio César; ‘agosto’, mes dedicado al emperador Augusto; ‘narcisismo’, de Narciso, un personaje mitológico famoso por su belleza y su rechazo a las mujeres; ‘eco’, nombre de una ninfa convertida por inanición en una

roca que producía el eco<sup>12</sup>; ‘morfina’, del dios del sueño, Morfeo; ‘mausoleo’, de Mausolo, el rey de Caria, muerto joven; su hermana y esposa, Artemisa II, construyó un panteón monumental en su memoria, cuyo resultado fue tan grandioso que se convirtió en una de las Siete Maravillas de la Antigüedad; ‘pánico’, del dios monstruoso, Pan, que asustaba a pastores y ninfas con sus estentóreos gritos; ‘estentóreo’, de Esténtor, personaje de la *Ilíada* famoso por su potente voz; ‘ogro’, de *Orcus*, dios infernal, aunque al castellano llegó por el francés *ocre*; ‘sardina’, del nombre de Cerdeña en latín, *Sardinia*; ‘cicerone’, creado más que por la facundia del insigne orador, por

---

<sup>12</sup> Según la leyenda la ninfa Eco se enamoró perdidamente de Narciso; éste la despreció —como a todas doncellas—; la joven, desesperada, dejó de comer y adelgazó tanto que se convirtió en una roca. A Narciso el adivino Tiresias le vaticinó que sólo se haría viejo si evitaba contemplarse a sí mismo; la diosa Némesis quiso vengar a la ninfa y en un día de mucho calor logró que Narciso bebiese en un manantial, al contemplarse en las aguas murió repentinamente; en el lugar brotó una hermosa flor, el narciso.

la pronunciación italiana de la palabra, que parece imitar la locuacidad de algunos guías turísticos; también ‘charlar’ tiene su origen en *ciarlare*.

Hay muchas más palabras tanto de origen grecolatino como de otras culturas; en la obra de GILLES HENRY (1989) hay centenares de ellas con esta procedencia —más del setenta por cien son comunes, con las lógicas diferencia fonéticas, al francés y al castellano— que abarcan todos los campos semánticos de la lengua: actitudes, comportamientos, caracteres, comidas, bebidas, vestidos, el tiempo, oficios, monedas, música, juegos, vehículos, artes, letras, fauna, flora, minerales, metales; incluso, expresiones coloquiales.

Para concluir con esta apartado y para mostrar también mi gratitud a este centenario Paraninfo que nos acoge, debo dedicar una breve glosa al origen de su designación; proviene del griego παράθυμος, formado por παρά «al lado de, junto a» y θυμή «ninfa», «novia»; el paraninfo era un acom-

pañante de la novia que le indicaba la liturgia de la ceremonia y anunciaba a los invitados la felicidad de los recién casados; un valor próximo a éste conserva el italiano *paraninfo* «casamentero»; también con posterioridad pasó a designar en las universidades al que anunciaba el programa o la importancia de los discursos; de este último significado debe proceder el actual de Paraninfo.

Ahora que hemos comprobado el origen metafórico de muchas palabras y la polisemia de algunas de ellas, podemos entender mejor la fascinante y sugestiva introducción, que pretendo resumir, de la profesora CHRISTINE KENNEALLY en su libro ya citado. Imaginemos que todas las palabras que tenemos en el interior de nuestra cabeza estuvieran flotando sobre nosotros como unas luminosas estrellas; tendríamos, según la autora, un mínimo de sesenta mil sobrevolándonos. La imagen de la estrella me parece adecuada porque también las palabras tienen vértices luminosos diferentes que proyectan su luz hacia otras



nuevas y nos traen diversos conceptos; además nos permiten recordar otras relacionadas con ellas por tener sonidos o significados similares; a la vez, nos dan la posibilidad de crear algunas nuevas por composición —poco frecuente en nuestra lengua, frente al inglés y, sobre todo, el alemán o el griego antiguo—, o derivación, mucho más productiva en castellano y con infinitos matices de tono y pluralidad semántica. Si multiplicamos las sesenta mil por la distintas puntas radiantes obtendremos una cantidad inmensa de palabras; diversos investigadores, especialmente JEAN AITCHINSON (1993), del mundo anglosajón afirman que por esta vía podemos llegar a comprender de quinientas a seiscientas mil palabras —hablan de personas cultas—; ello no quiere decir que las podamos utilizar con solvencia.

## ‘PALABRA’

El origen de éste vocablo es muy sencillo en la historia inmediata pero muy complicado en su origen y evolución. Procede del latín *parabola* que significaba ‘comparación’, ‘semejanza’, traducción del griego παραβολή que tenía el mismo significado; se conserva, como en castellano, en la mayoría de las lenguas románicas: fr. *parole*, it. *parola*, cat. y occ. *paraula*, port. *palavra*, con la fonética propia de cada una de ellas.

En rumano se usa *cuvânt*<sup>13</sup>, del latín *conventus* o *conventum*<sup>14</sup> «asamblea», «congregación», «grupo», «entendimiento». Es frecuente que las palabras que designan

---

<sup>13</sup> *Cuvânt* podría interpretarse como «con viento»; *cu* «con», *vânt* «viento», una metáfora preciosa, pero la etimología real es la que se ofrece en el texto. Las palabras son aire y, por eso, se las lleva el viento.

<sup>14</sup> En latín hay dos palabras, una masculina y otra neutra, con significados similares, casi idénticos, pero en el acusativo, del que habitualmente derivan las palabras románicas, son homónimas; es, por ello, difícil decidir de cuál de las dos procede.

‘reunión’, ‘asamblea’ sirvan también para referirse a una charla o discurso; tal es el caso del griego ὁμιλία, que de «asamblea», «reunión» adquirió este nuevo sentido, nuestra ‘homilía’. Existe también *parola*, una palabra convencional o una fórmula secreta utilizada como código, «palabra de honor». *Pālāvrāgi* significa ‘estar de cháchara, ‘decir cosas sin importancia, ‘cotorrear’. Es probable, en mi opinión, que cuando *parabola* adquirió el significado de ‘palabra’ en época tardía, el rumano se hubiera desgajado ya de la lengua y cultura comunes; de ahí su singularidad; posteriormente se incorporó como palabra culta.

Hay, por tanto, que explicar las causas de esta evolución un tanto extraña, no esperable en principio. Para entender este cambio sorprendente hay que recurrir a la traducción de la Biblia y al latín de los cristianos. En la versión de los Setenta de los textos bíblicos en griego se utilizó παραβολή «comparación» para traducir la palabra hebrea *pārehāl*, que era polisémica y significaba ‘comparación’, ‘proverbio’, ‘**palabra**’,

etc. Había por ello pasajes en los que tenía el significado de ‘palabra’, como *assumpta parabola* «tomando la palabra» (*Números* 23, 7); *Assumptaque parabola iterum locutus est*: «tras tomar la palabra, de nuevo habló» (*Números* 24, 23); *assumens parabolam suam*: «tomando la palabra» (*Job* 27, 1); resulta imposible traducir en estos pasajes y en otros muchos *parabola* por ‘parábola’ o por ‘comparación’, hay que traducirlo por ‘palabra’; por ello adquirió este significado.

Para complicar más la cuestión, en el primer versículo del evangelio de S. Juan se dice *In principio erat Verbum*<sup>15</sup>, *et Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum*: «Al principio existía el Verbo, y el Verbo estaba al lado de Dios, y Dios era el Verbo»<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> *Verbum* es la traducción de λόγος, traducción inexacta como intentaré mostrar más adelante.

<sup>16</sup> Algunas iglesias cristianas cambian el sujeto de la última frase con importantes consecuencias doctrinales y traducen «El Verbo era Dios» —sintácticamente posible—.

---

—texto muy conocido por todos los que tuvimos la suerte de escuchar la misa en latín—. Al especializarse *verbum* —que en latín significaba ‘palabra’— para designar al Hijo de Dios, los cristianos prefirieron utilizar *parabola*, en lugar de *verbum*, con el significado de ‘palabra’, apoyados en algunos textos de la *Vulgata*, como los citados anteriormente; por influencia de los textos bíblicos y cristianos *verbum* fue sustituido por *parabola* y ésta adquirió en la lengua coloquial y, sobre todo, en el latín de los cristianos el significado de ‘palabra’.

Ésta es la tesis tradicional, pero sin negarla por completo, pienso que hay otros factores decisivos en este complejo fenómeno. Si *verbum* se especializó en la denominación del Hijo de Dios, ¿por qué no se anuló la palabra que designa una parte de la oración, el verbo, que siguió en latín y ha pervivido en las lenguas románicas con el mismo significado? Fue, en mi opinión, la lengua coloquial y hablada de época tardía —de la que derivan las lenguas románicas— la que entre dos términos en

---

competencia escogió el de mayor sonoridad, el de más materia fónica y el más expresivo por su origen y significado primitivo, «comparación»; el habla popular gusta de todas las características que tenía *parabola* y no *verbum*. Podría citar cantidad de casos en que en las lenguas románicas han pervivido las palabras de mayor expresividad, de más entidad fónica: ‘oveja’ y ‘abeja’ no proceden de *ovis*, y *apis*, sino de *ovicula* y *apicula* respectivamente; ‘voy’ no deriva de *eo* «yo voy», sino de *vado*; la palabra *fur* «ladrón» dejó pasó a *latronem*, de donde procede ‘ladrón’; *scire* a *sapere* «saber»; *flere* a *plorare* o *plangere* «llorar»; *emere* a *comparare* «comprar»; *pulcher* a *formosus*; *os* a *bucca* «boca». El verbo *loquor* «hablar», sin ningún rival de origen bíblico ni religioso, desapareció por completo —ha pervivido en palabras cultas como ‘locutor’, ‘elocuente’, ‘locución’, etc.— y fue sustituido por *fabulari*, o por *parabolare*; algo similar sucedió con *verbum*, que fue eliminado, en mi opinión,

por la mayor sonoridad y fuerza expresiva de *parabola*, y no por el nuevo significado de *verbum*.

Nos hemos encontrado, casi sin pretenderlo, con 'hablar' y quiero explicar el origen de esta palabra con la que discrepamos de muchas lenguas románicas; *loqui*, «hablar», como hemos señalado, no ha sobrevivido en ninguna de ellas; su desaparición en las lenguas derivadas es indicio de que ya no era muy utilizado en la lengua coloquial y hablada cotidianamente; el castellano 'hablar' y el portugués y gallego *falar* proceden del verbo *fabulari/e* —escribo la doble terminación porque, aunque era deponente, ya Plauto (s. III a. C.) lo emplea también con formas activas— «conversar», «contar algo», «parlotear», «hablar por los codos»; los diversos significados ya indican que es más popular, más expresivo y tiene, además, mayor materia fónica.

Tras la consolidación de *parabola* —probablemente después del reconoci-

---

miento del cristianismo por el Emperador Constantino— con el significado de ‘palabra’, surgió un nuevo verbo denominativo, *parabolare*, del que proceden fr. *parler*, it. *parlare*, cat. y occ. *parlar*; por ello en estas lenguas hay una conexión entre ‘hablar’ y ‘palabra’. Si *parabola* se afirmó con el valor de palabra ya en época tardía, el verbo denominativo fue muy posterior—los primeros ejemplos atestiguados son de época merovingia— y ya no llegó a la regiones periféricas; además, se había disgregado el imperio de occidente; de ahí la singularidad del castellano, del gallego y del portugués.

También influyó el desgaste que sufren las palabras con el uso cotidiano, que les resta fuerza y lozanía, las debilita; lo comprobamos en nuestra propia lengua cuando surgen ‘ofertar’ por ‘ofrecer’, ‘optimizar’ por ‘mejorar’, ‘climatología’ por ‘clima’. Este fenómeno se dio también en latín y lo describe maravillosamente el poeta Hora-



cio cuando compara las palabras con las hojas de los árboles<sup>17</sup>:

*ut siluae foliis pronos mutantur in annos,  
prima cadunt: ita uerborum uetus interit aetas,  
et iuuenum ritu florent modo nata uigentque.  
.....  
multa renascentur quae iam cecidere cadentque  
quae nunc sunt in honore uocabula, si uolet usus  
quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi,*

Al igual que los bosques cada año  
cambian sus hojas, caen las primeras,  
así perece la generación  
vieja de las palabras, y las otras  
recién nacidas, con fulgor de jóvenes,  
florece y se yerguen vigorosas.

.....  
También renacerán muchos vocablos  
que ya cayeron y caerán aquellos  
que están en boga ahora, si lo quiere  
el uso, titular en el lenguaje,  
de libertad, de autoridad, de norma.

Hay, finalmente, una designación de  
'palabra' que merece una concisa explica-

---

<sup>17</sup> Es un texto poético, de hondo calado lingüístico; la precisa y artística, a la vez, traducción es del excelente poeta e ilustre filólogo JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS, al que agradezco la amabilidad y cortesía de habérmela prestado antes de que llegara a las prensas.

ción; me refiero al francés *mot*, del que derivan ‘mote’ y ‘motete’ —éste de *motet* «composición musical religiosa», aunque este término es ya muy poco usado en castellano—. En latín existía el verbo *mutio* —palabra claramente onomatopéyica— que significaba ‘pronunciar el sonido mu’, ‘producir sonidos inarticulados’, ‘refunfuñar’, ‘hablar entre dientes, de este verbo proviene *mot*. En la frase «éste no dice ni mu» —que también se usa en francés— se da a entender que decirlo es hablar, «no decir ni mu» es callar. *Mutus* «mudo» sería el que sólo sabe o puede emitir el sonido ‘mu’. Algunos etimólogos relacionan esta sílaba inicial con  $\mu\tilde{\nu}\theta\omicron\varsigma$  que significa ‘palabra’, ‘discurso’, ‘relato oral’ y ‘mito’. Relacionar ‘palabra’ y ‘mito’ me parece ilustrador, ya que ambos tienen un valor simbólico.

En los últimos lustros hay una discusión entre los estudiosos de la semántica sobre si el concepto ‘palabra’ está o no en todas o en la mayoría de las lenguas del

mundo; es decir, si es un universal semántico o no. Antes de exponer las dos hipótesis considero necesario realizar algunas explicaciones<sup>18</sup>.

## LOS UNIVERSALES LINGÜÍSTICOS

En 1963 el lingüista JOSEPH GREENBERG intentó descubrir algunos universales lingüísticos, es decir, rasgos gramaticales que fueran comunes a todas o a la mayoría de las lenguas del mundo; estudió junto con discípulos y colaboradores treinta muy distintas, de diversas familias y de los cinco continentes, entre ellas estaban el serbio, el euskera, el italiano, el swahili, el nubio, el masai, el bereber, el hebreo, el hindi, el japonés, el birmano, el malayo, el maorí, el quechua.

---

<sup>18</sup> Agradezco al Profesor Ramos Guerreira, buen colega y mejor amigo, sus precisas indicaciones bibliográficas y sus acertadas observaciones lingüísticas. Con todo, las heterodoxias y las osadías son exclusiva responsabilidad mía.

En su primera investigación sobre el orden de las palabras y de los morfemas descubrió cuarenta y cinco universales. Algunos curiosos: ninguna lengua de las examinadas construye las interrogaciones volviendo al revés los componentes: «¿Construyó Juan que casa la ésta es<sup>19</sup>?» En las que tienen sujeto (S), verbo (V) y objeto (O) son rarísimas las que colocan habitualmente el objeto delante del sujeto; las más frecuentes son svo, sov; el castellano y el latín clásico, respectivamente, pertenecen a estos dos grupos; la mayoría de los universales que se definen son implicaciones: si una lengua tiene designación para el color morado, también lo tiene para el rojo; si tiene un término para designar la pierna, también lo tiene para el brazo, pero no necesariamente al revés. Todas las lenguas analizadas tienen formas para expresar la posesión.

---

<sup>19</sup> En correcto castellano sería: «¿Es ésta la casa que construyó Juan?»

---

Se pensaba inicialmente que en el vocabulario o, dado que es el dominio de la lengua más variable, tanto por razones lingüísticas como extralingüísticas, no se podría descubrir ningún universal, ningún concepto común a todas o a la mayoría de ellas; pero investigaciones posteriores descubrieron que también hay universales semánticos; en 1972 la profesora ANNA WIERZBICKA, una lingüista australiana de origen polaco, defendió la existencia de catorce universales semánticos primitivos, entre los que se encontraban **yo, tú** —en muchas lenguas no hay pronombre de tercera persona, entre ellas, el latín—, **algo, alguien, pensar, desear, sentir, decir, éste**; no estaba **palabra** entre ellos. En 1996 incluye **palabra** y añade algunos más hasta llegar a cincuenta y cinco; se pensó que se podían incrementar mucho más pero parece que no ha sido así, aunque sí se han aumentado en quince o veinte unidades.

La presencia de numerosos universales lingüísticos gramaticales y léxicos pueden de alguna forma conceder la razón a la atrevida y un tanto exagerada aseveración de NOAM CHOMSKY —además de un excelente lingüista y un intelectual de primera fila es también un *enfant terrible*— cuando afirma que si un marciano culto llegara a la tierra diría que, a pesar de los vocabularios mutuamente ininteligibles, todos los terrícolas hablamos la misma lengua. Su declaración nos lleva casi a una situación anterior a la torre de Babel: el capítulo undécimo del Génesis nos dice que «tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras».

Pienso que, como todas las lenguas no pueden tener el mismo origen por razones lingüísticas, históricas y culturales, hay que pensar dentro del más radical humanismo que los hombres hemos sido y seguimos siendo esencialmente iguales; por ello ante las mismas necesidades y situaciones actuamos de forma muy parecida. Esto se observa también en muchos aspec-

tos de la vida, tanto en manifestaciones culturales —mitos, poesía, formas de expresar el amor— como en obras técnicas —hornos, piedras de moler, incluso acueductos, aunque sin arcos—.

Como he señalado, la profesora ANNA WIERZBICKA (1996) defiende que ‘palabra’ es un primitivo semántico universal; entre otros argumentos y pruebas, se apoya en que los traductores de la Biblia no encontraron ninguna dificultad para traducir a las múltiples lenguas — se trata, como es sabido por todos, del libro más traducido— de la frase ya comentada del inicio del evangelio de S. Juan: *In principio erat Verbum*, pese a ser una frase poco habitual en una lengua; aporta el testimonio de EUGENE A. NIDA, encargado de supervisar y controlar las traducciones de la Biblia, además de un excelente lingüista y un buen traductor, tanto teórico como práctico.

Por el contrario, R. M. W. DIXON and A. Y. AIKENVALD (2003) piensan que no lo es en absoluto. El argumento que emplean es

que en muchas lenguas el término que designa 'palabra' tiene muchos y diversos significados; no parece, por tanto, que el concepto sea unívoco para todas las lenguas. Esto se produce también en la nuestra; el DRAE ofrece once definiciones y muchas más acepciones contextuales, basta con recordar frases como: «tuvieron unas palabras», «le quitaron la palabra», «tomó la palabra», «lo dijo con medias palabras», «le diré unas palabras». Creo que esta polisemia no sería necesariamente óbice para considerarla un concepto universal; en castellano es clave en la comunicación y esta función no la impide su pluralidad semántica. Cuestión muy diferente es afirmar que es un concepto semántico primitivo; creo que no, ya que implica cierta elaboración lingüística.

Para aclarar este concepto realizaré un breve excursus. Los defensores de esta teoría propugnan que hay en todas las lenguas, o en la inmensa mayoría, unos



conceptos primitivos, originarios, que se conocen de forma casi innata, que son muy, muy comunes, y que pueden ser el punto de apoyo para definir el resto de las palabras; sería un especie de principios *per se notos* de la filosofía, que no se pueden demostrar y se aceptan por sí. Estos conceptos de admisión común ayudarían a evitar la circularidad de las definiciones de los diccionarios, o a incluir el definido en la definición, algo común en todos los diccionarios monolingües. Las palabras se definirían por estos primitivos semánticos universales; definido un grupo de ellas, tendríamos términos para definir las restantes, con un incremento progresivo para precisar todas las de una lengua.

Un ejemplo vale más que cien explicaciones; en el DRAE encontramos estas definiciones:

**preguntar.** (Del lat. *percontāri*) 1. tr. **Interrogar** o hacer **preguntas** a alguien para que diga y responda lo que sabe sobre un asunto.

**interrogar.** (Del lat. *interrogāre*) 1. tr. **Preguntar**, inquirir. 2. tr. Hacer una serie de preguntas para aclarar un hecho o sus circunstancias.

En ambos casos tenemos circularidad; para ‘preguntar’ nos remiten a ‘interrogar’ y viceversa; en el primero, además, se introduce ‘pregunta’ en la definición, en el segundo nos ofrecen ‘inquirir’, más desconocido que ‘interrogar’; incumplen todas las exigencias de una buena definición.

No obstante, quiero en esta ocasión, sin que sirva de precedente, defender a la Real Academia con contundencia porque esto sucede en la casi totalidad de los diccionarios monolingües de cualquier lengua; expongo unos ejemplos de dos diccionarios ingleses y uno francés:

**Inquiry.** 1 *Te act of **inquiring***; 2 *A **question**; a query.*

**Question.** *An expression of **inquiry** that invites or calls for a reply.*

**Ask.** 1 *(reporting verb) Say something in order to obtain an **answer**.*

**Answer.** 1<sup>a</sup> *Thing that is said, written, or done as a reaction to a **question**.*

**Interrogate.** 1<sup>a</sup> *Ask **questions**.*

**Interroger.** *Poser à quelqu'un une ou plusieurs **questions** exigeant une réponse.*

**Questioner.** *Poser une/**des questions** à quelqu'un. Synon. Interroguer.*

Por carecer de estos semánticos primitivos es muy difícil realizar diccionarios en la actualidad, ya que hay que recurrir casi necesariamente al círculo vicioso o a introducir el definido en la definición. Como brillantemente afirma YAKOV MALKIEL (1982), doctor *honoris causa* de nuestra Universidad, los lingüistas más prestigiosos no han querido realizar diccionarios ni trabajos lexicográficos a lo largo del siglo XX: «For reasons which perhaps have never been candidly stated, the tone-setting linguistics scientists of our 20th century have, with extremely rare exceptions, shown no inclination to meddle with lexicological and, even less, with lexicographic undertakings that could, by any stretch of

the imagination, appeal to the taste of an educated layman»<sup>20</sup>. El diccionario de Samuel Johnson define así al lexicógrafo: **Lexicographer.** *n.s.* [λεξικόν and γράφω *lexicographe*, French.] A writer of dictionaries; a harmless drudge, that busies himself in tracing the original, and detailing the signification of words: «Un esclavo inofensivo que ocupa su tiempo en desvelar los orígenes de las palabras y detallar su significado».

### *IN PRINCIPIO ERAT VERBUM*

Con estas palabras traduce S. Jerónimo en la *Vulgata*<sup>21</sup> el principio del Evangelio de S. Juan: 'Εν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος. Me parece una

---

<sup>20</sup> Tomado de ANNA WIERZBICKA (1996).

<sup>21</sup> *Vulgata* no tiene nada que ver con 'vulgar'; significa 'universal'; tras la proliferación de traducciones en diversas regiones con diferencias que hacían peligrar la unidad de la doctrina sagrada, la Iglesia decidió confiar a S. Jerónimo una traducción que sería la canónica y de aceptación universal, la oficial.

traducción inadecuada, aunque reconozco que era muy difícil; probablemente, tras muchas vacilaciones, yo finalmente hubiera elegido *mens* o *cogitatio* o cualquier otro sinónimo de estas palabras. No se trata de una cuestión bizantina o de una discusión estéril; pienso que la actividad mental es anterior a la palabra, aunque reconozco que *verbum* es una traducción más concreta y menos equívoca. Trataré con la mayor brevedad posible mostrar y demostrar, si es posible, mi aserto.

La traducción es prácticamente imposible, especialmente de las palabras polisémicas; tal es el caso de λόγος. EUGENE A. NIDA (1964)<sup>22</sup> señala con buen criterio: «como no hay dos lenguas idénticas, no puede existir absoluta correspondencia entre ellas. Por ello, no puede existir la traducción exacta», y lo ilustra con la palabra λόγος; dice él:

---

<sup>22</sup> He seleccionado este pasaje de E. NIDA porque además de ser un experto en la teoría de la traducción es un excelente especialista de las versiones bíblicas. Desgraciadamente murió en Madrid el año pasado.

«No hay ninguna palabra inglesa —podemos decir lo mismo de las castellanas— que sea equivalente a ella. Puede significar ‘palabra’, **‘pensamiento’**, ‘discurso’, ‘narración’, ‘materia’, ‘refrán’ y otras muchas más». Esta pluralidad de significados la señalan también todos los diccionarios griegos.

Λόγος es el sustantivo verbal de λέγω «coger», «prender», «contar» y, después de Homero, «decir»<sup>23</sup>; quiere ello indicar que el significado de decir es posterior y, por tanto, metafórico; lo mismo pienso yo de λόγος, originariamente era «comprensión», «concepto», «pensamiento», con la misma metáfora que ya hemos observado en *prehendo/comprehendo* y que hemos apuntado para ‘coger’ y verbos similares en diversas lenguas. El significado de ‘coger’, ‘recoger’ de λόγος se detecta también en ‘antología’, que no es un tratado o un discurso sobre las flores, sino una colección

---

<sup>23</sup> Según el diccionario etimológico de ROBERT S. BEEKES (s. v.) (2010).

---

de flores y, metafóricamente, una selección de textos o de escritos destacados de un autor.

Una prueba de este significado nos la proporciona el verbo latino *lego*, de la misma raíz indoeuropea, originariamente «coger», «recoger», como se observa diáfana-mente en la frase de CATÓN: *oleam qui legerit* (*Agricultura* 144, 1): «el que recogiere la oliva»; o de CICERÓN: *legere nuces* (*Orator* 2, 66): «coger las nueces». Posteriormente significó ‘elegir’, de este valor derivan ‘elección’, ‘selección’, ‘colección’, etc., y ‘florilegio’, con el mismo significado que ‘antología’. Es difícil determinar cómo pasó a significar ‘leer’. ALFRED ERNOUT y ANDRÉ MEILLET (1967) sugieren que pudo originarse por frases como *legere oculis* «entender o comprender con los ojos». Sin duda para ellos, como debe ser para nosotros, leer es captar, comprender, ‘coger’ y no sólo deletrear.

Si aceptamos esta etimología de *lego/legere*, del que sin duda deriva nuestro ‘leer’,

---

tendremos que reconocer, aunque parezca un malabarismo, que ‘leer’ y ‘leña’ y ‘leño’ tienen el mismo origen. En efecto, en latín *lignum* «leño», es un sustantivo verbal derivado de *lego*; *\*legnum* evolucionó a *lignum* por un fenómeno normal en la fonética latina, como de *decet* *\*decnos* surgió *dignus* «digno», o de *tego* «cubrir» *\*tegnum* > *tignum*. La etimología de *lignum* ya la explicó Varrón (116-27 a. C.) con clarividencia: *ab legendo ligna quoque, quod ea caduca legabantur in agro quibus in focum uterentur*: «también ‘leña’ (deriva) de ‘recoger’ (de *legere*), porque cogían la que había caído en el campo para utilizarla en el fogón». El paso de *lignum* al castellano ‘leño’, ‘leña’ es muy normal en su evolución, similar a *signum* «seña»; los femeninos se explican porque eran neutros plurales que, por su terminación en /a/, pasaron a dicho género, como el ya citado *vota* «boda».

Al margen de la disquisición filológica, que puede parecer una sutileza lingüística, San Jerónimo, posiblemente *malgré lui*, tomó partido por una cuestión muy deba-



tida en la lingüística moderna: existen los conceptos, los pensamientos, antes que las palabras o viceversa. Soy partidario de la primera hipótesis y por ello he preferido rectificar la traducción del sabio Doctor de la Iglesia, patrono de la capilla del Estudio, para que el texto bíblico coincida más con mi opinión, con fundamento léxico en griego. Parece evidente por la experiencia que primero se crean los objetos y posteriormente se les asigna un nombre; no se inventó 'bombarda' y luego se creó la bomba; fue, evidentemente, al revés.

Reconozco que con los conceptos y las ideas no resulta tan sencillo; los conceptos o los pensamientos no tienen existencia objetiva o real hasta que no se expresan con palabras; por ello, su estrecha vinculación. Por otra parte, los conceptos previos en la mente parecen atentar contra el postulado empirista: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*: «No hay nada en la mente que antes no haya estado en los sentidos». Pero sabiamente ya les contestó el filósofo Leibniz: *nihil, nisi inte-*

*llectus ipse*: «nada, salvo la propia mente»; se olvidaban del pequeño detalle del *intellectus*, de la *mens*, que existe, aunque no haya pasado por los sentidos.

Intentaré aclararlo con dos ejemplos ilustrativos; cuando un niño dice «el pájaro está morido» o «el juguete está rompido» está utilizando dos palabras que él ha creado, ha “inventado”, ya que nunca las ha oído; pero está aplicando dos principios claves de toda la investigación, la inducción y la deducción; descubre, en efecto, que de ‘dormir’ sale ‘dormido’ y de ‘tener’, ‘tenido’, así que deduce que de ‘morir’ debe derivar ‘morido’ y de ‘romper’, ‘rompido’<sup>24</sup>.

Esto no quiere decir que sea partidario del innatismo en sentido estricto, como postuló en algún momento NOAM CHOMSKY (1988); pero es evidente que el niño desde

---

<sup>24</sup> Estos dos participios se pueden explicar perfectamente por la evolución fonética del latín al castellano; aunque parezcan irregulares desde nuestra perspectiva, no lo son en absoluto desde la fonética latina y la evolución lingüística.

su infancia dispone de una serie de mecanismos y recursos que le ayudan a utilizar y aprender la lengua materna; esa facilidad de los niños siempre nos ha sorprendido a todos, especialmente a aquel famoso portugués de la copla popular.

Una cuestión relacionada con ésta es una de las más debatidas desde hace decenios en la lingüística: ¿es la lengua la que determina nuestra forma de pensar y de observar la realidad, o, por el contrario, la lengua depende de nuestra concepción del mundo y de nuestra mente? Debería prescindir de especular sobre esta materia tan espinosa obedeciendo al poeta mantuano, a Virgilio: *Non nostrum inter uos tantas componere lites*<sup>25</sup> (Églogas 3, 108), «No es

---

<sup>25</sup> Frase que también utilizó Voltaire para calificar las polémicas entre Descartes, Locke y Newton. *Lettres philosophiques*, Quatorzième Lettre: «L'essence même des choses a totalement changé. Vous ne vous accordez ni sur la définition de l'âme ni sur celle de la matière. Descartes assure que l'âme est la même chose que la pensée, et Locke lui prouve assez bien le contraire.

competencia mía resolver disputas tan grandes»; pero quiero ofrecer sólo una opinión —tan respetable como la de cualquiera de ustedes que reflexione sobre esta muy discutida y discutible materia—. Parece claro que nuestra lengua nos impone conceptos, formas de ver el mundo, visiones determinadas, definiciones y divisiones de la realidad, etc., pero la lengua fue creada, inventada, por nuestros antepasados, y ellos le impusieron sus criterios y sus valores; por otra parte, continuamente creamos nuevas palabras, redefinimos y damos nuevos contenidos a los vocablos y cambiamos su significado; basta ojear las distintas ediciones de los diccionarios.

Pongo un ejemplo de la definición que ofrece el DRAE sobre ‘matrimonio’ en dife-

---

Descartes assure encore que l'étendue seule fait la matière; Newton y ajoute la solidité. Voilà de furieuses contrariétés. *Non nostrum inter uos tantas componere lites*. Ce fameux Newton, ce destructeur du système cartésien, mourut au mois de mars de l'an passé 1727».

rentes ediciones. En 1780: «Contrato del derecho natural, que se celebra entre hombre y muger por mutuo consentimiento externo, dando el uno al otro potestad sobre su cuerpo en perpetua y conforme union de voluntades, el qual elevado á Sacramento, y celebrado entre sugetos bautizados, se hace del todo indisoluble en llegando á consumarse. *Matrimonium, conjugium, connubium*»; en 1884: «Unión perpetua de un hombre y una mujer libres, con arreglo a derecho»; en 1925: «Unión perpetua de un hombre y una mujer, con arreglo a derecho»; en 1992 y 2001: «Unión de hombre y mujer concertada mediante determinados ritos o formalidades legales». Las diferencias son sustanciales y evidentes, mayores si pensamos en la última inclusión de junio de 2012: «[Adición de acepciones] M. 2 bis. En determinadas legislaciones, unión de dos personas del mismo sexo, concertada mediante ciertos ritos o formalismos legales, para establecer y mantener una comunidad de vida e

intereses». También es una prueba de que cambiamos de lengua el hecho de que se hayan introducido numerosas palabras en todas las épocas, por ejemplo, ‘suicidio’ no se incorporó al DRAE hasta 1817; pero los castellanohablantes podían suicidarse.

Para concluir y dar un respaldo externo y autorizado a mi opinión, transcribo, entre otras muchas que podrían mencionarse, la de STEVEN PINKER (2007): «Otra razón<sup>26</sup> de que sepamos que el lenguaje no podría determinar el pensamiento es que cuando una lengua no está a la altura de las exigencias de los hablantes, éstos no se quedan atónitos y se rascan la cabeza, sino que simplemente cambian de lengua». No quiere decir el autor que cambiemos totalmente de lengua, sino que la enriquecemos con préstamos o con nuevas creaciones: por metáfora y metonimia, o por composi-

---

<sup>26</sup> Expone el autor otras razones importantes que no cito para no alargarme en exceso; los interesados pueden leerlas en la p. 206 y ss.

ción y derivación, o por préstamos de una lengua extranjera. En resumen el pensamiento es anterior a las palabras. El λόγος, tal como yo lo entiendo, al *verbum*.

### *PERORATIO*

He pretendido dar una explicación racional o motivada de muchas palabras; también he sugerido, más que afirmado, algunas hipótesis con argumentos, especialmente la posibilidad de la onomatopeya para designar conceptos que no tienen sonido, las causas de la desaparición de *verbum* y el triunfo de *parabola*, una posible interpretación diferente de λόγος, y me he pronunciado, quizás con cierta osadía, sobre cuestiones difíciles de la lingüística. He intentado servirme de los métodos antiguos de la centenaria filología junto a las teorías más recientes.

Estas pautas de la lección y de toda mi modesta investigación me las inculcó ya D. MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ —al que en

estos momentos recuerdo con mis mejores deseos, dado su estado de salud— en una otoñal mañana de los años sesenta en el aula Francisco de Vitoria, en un curso de Métrica Griega, cuando afirmó que el investigador, también en las disciplinas filológicas, debe formular hipótesis argumentadas debidamente para que otros investigadores las refuten o las corroboren. Me impresionó aquella afirmación que yo creía útil sólo para las ciencias experimentales; fue como la frase inicial del Brocense que también, como he dicho, me sedujo desde el primer día que la leí.

El recuerdo de D. Martín me ha hecho evocar la siempre añorada Facultad de Filosofía y Letras de los años sesenta con D. Ricardo Castresana, D. Manuel Díaz, D. Luis Gil Fernández, D. Koldo Mitxelena y Dña. Carmen Codoñer, que llegó un poco más tarde; ilustres maestros, que me enseñaron con cierto rigor y disciplina los secretos de los textos antiguos y, sobre todo, me estimularon a degustarlos, disfrutarlos y casi reverenciarlos; tuve la suerte de



poder escuchar, no siempre, las hoy casi denostadas clases magistrales. Sirva esta evocación como muestra de mi gratitud y de mi admiración, aunque no olvide algunas actitudes un tanto autoritarias y ciertas «discusiones» con alguno de ellos; era el signo de los tiempos de aquellos años, entre ellos el famoso sesenta y ocho.

He vuelto, casi sin pensarlo, al inicio de mi lección, con la expresión de mi gratitud, que quiero extender a los colegas de Departamento y de la Facultad —no quiero nombrarlos por no cometer injusticias—, pero me he servido de muchos de ellos y los he molestado con preguntas sobre distintas lenguas y diccionarios etimológicos, a las que generosamente me respondieron entregándome su recto saber.

No pueden faltar en este momento mi gratitud a los más de cuatro mil alumnos que he tenido —guardo las fichas de todos ellos—, pero quiero hacerlo con las palabras que utilizó D. Pedro Urbano en 1912: «Y para esta tarea reclamo, escolares,

---

vuestro insustituible apoyo, vuestra fervorosa colaboración. Podeis, pues sois ricos en ilusiones, alentar las nuestras sin perder las que han nacido en vuestras almas, pero podeis hacer algo aun más noble y más grande: está en vuestras manos caldear los fríos claustros del Estudio con toda la ternura de vuestros espíritus juveniles. No os negueis á esa labor de afecto, propia y digna de vosotros. Perdonadnos nuestros yerros, dispensad nuestras torpezas, proceded con viril energía incluso contra nosotros, cuando nuestros defectos ó nuestras culpas no sean tolerables, pero no os dejéis el corazón fuera de esta aulas para volver á reclamarle cuando, alborozados, abandoneis la Escuela. Traed á vuestra labor académica con todas las energías de vuestro intelecto, todas las preocupaciones, sobresaltos, penas y goces del diario vivir. Hombres reclama la Universidad, no estatuas, para devolver al medio social hombres también, más capacitados, más conscientes, más *humanos*, si se nos permite adjetivar así.

Hacednos, pues, depositarios de vuestro afecto y olvidad que la ley nos autoriza á aplicaros dolorosas sanciones. Y escuchad, por último, mi confesión, que es pública y es vuestra. Hasta que no he observado que mi humilde persona os inspiraba simpatía y confianza, hasta que no me habeis dispensado el honor de prolongar vuestros diálogos conmigo fuera y después de la cátedra, no he creído que pudiera tener algún valor mi trabajo profesional. Os debo, pues, la más querida de mis ilusiones. Conste mi gratitud, y en vuestras manos queda confirmarme en la suposición de no ser completamente inútil ó en la amargura de esa dolorosa y tan temida inutilidad.

.... Y olvidando nuestras propias personas, rindamos el tributo de nuestra idealidad en el altar de la patria.

HE DICHO

1º de septiembre de 1912»

He reproducido este largo párrafo intencionadamente porque nos muestra lo que ha cambiado la Universidad en este siglo; hoy serían impensables la mayoría de las palabras de D. Pedro Urbano y nos veríamos abocados a la Comisión de Garantías si reprendiéramos a los alumnos o los castigáramos. También podemos observar que ya no hablamos la misma lengua, no sólo por las grafías, sino también por el contenido. Me ha llamado la atención la frase final: «rindamos el tributo de nuestra idealidad en el altar de la patria». Esta frase hoy nadie la pronunciaría por diversos motivos; nos parece excesivamente sentimental y demasiado patriótica. Recuerdo que era un profesor liberal, como se deduce del resto del largo discurso —digno de ser leído entero—, y que murió en México tras un largo exilio, como ya he señalado, por varios países latinoamericanos.

He dado las gracias a mis maestros, a mis colegas, a mis alumnos y a todos ustedes por su atención y benevolencia.

Utilizando una última metonimia, voy a sintetizar toda mi gratitud, pese a determinados sinsabores, a las reducciones de recursos y a los descensos salariales, en esta frase dedicada a la vieja dama, a la centenaria señora que nos alimenta como *Alma Mater*: MUCHAS GRACIAS, UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

## BIBLIOGRAFÍA

- AITCHISON, Jean (1993). *Words in the Mind. An Introduction to the Mental Lexicon*. Cambridge, Massachusetts: Blackwell Publishers.
- BEEKES, Robert S. P. (2010). *Etymological Dictionary of Greek*. Leiden; Boston: Brill.
- BLOCH, Oscar y WARTBURG von, Walther (1986). *Dictionnaire étymologique de la langue française*. Paris: Presses Universitaires de France.
- BLOOMFIELD, Leonard (1933). *Language*. London: George Allen & Unwin.
- CHANTRAINE, Pierre (1980). *Dictionnaire étymologique de la langue grecque: histoire des mots*. Paris: Klincksieck.
- CHOMSKY, Noam (1988). *Language and problems of knowledge: The Managua lectures*. Cambridge: MIT Press.
- CIORANESCU, Alejandro (1958). *Diccionario etimológico de rumano*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- COROMINAS, Joan y PASCUAL, José A. (1980). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- DARMESTETER, Arsène (1979) [1878]. *La Vie des mots étudiée dans leurs significations*. Paris: Champ libre.

- DER VAAN, Michiel (2008). *Etymological Dictionary of Latin and the others Italic Languages*. Leiden-Boston: Brill.
- DIXON, ROBERT M. W. y AIKHENVALD, Alexandra Y. (2003). «Word: a typological framework» en *Word. A cross-linguistic typology*. Robert M. W. Dixon y Alexandra Y. Aikhenvald, eds. Cambridge: University Press.
- ERNOUT, Alfred et MEILLET, Antoine (1967). *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*. Paris: Librairie C. Klincksieck.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis (1995). *La palabra y su imagen. La valoración de la obra escrita en la Antigüedad. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico 1995-96*. Madrid: Universidad Complutense.
- GONZÁLEZ DE LA CALLE, P. Urbano (1912). *Estudio de la vida académica y profesional del Brocense en nuestra Escuela: oración inaugural del curso académico 1912 a 1913*. Salamanca: Universidad Literaria de Salamanca.
- (1923). *Francisco Sánchez de las Brozas. Su vida profesional y académica. Ensayo biográfico*. Madrid: Victoriano Suárez.
- GREENBERG, Joseph. H. (1966). «Some Universals of Grammar with particular reference to the order of meaningful elements», *Universals of*

- Language II*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press, pp. 73-113.
- HENRY, Gilles (1989). *Dictionnaire des mots qui ont une histoire*. Paris: Tallandier.
- IMMISCH, Otto (1931). 'Necare', *Rheinisches Museum* 80, pp. 98 -110.
- JAKOBSON, Roman (1962). «Why *mama* and *papa*», en *Selected Writings*. Netherlands: Mouton, pp. 538-545.
- KENNEALLY, Christine (2008) [2007]. *La primera palabra. La búsqueda de los orígenes del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- LAKOFF, George y MARK, Johnson (1986) [1980]. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- LAPESA, Rafael (1992). «Sobre el origen de la palabra *español*», *Léxico e Historia*. Madrid: Istmo, pp. 79-86
- LÖFSTEDT, Einar (1959). *Late Latin*. Oslo: Aschehoug.
- LÓPEZ EIRE, Antonio (2005). *Sobre el carácter retórico del lenguaje y cómo los griegos lo descubrieron*. México: Universidad Autónoma de México.
- MALBERG, Bertil (1973) [1966]. *La Lengua y el hombre. Introducción a los problemas generales de la Lingüística*. Madrid: Istmo.



- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1968). *Manual de gramática histórica española*. Madrid: Espasa-Calpe, S. A.
- NEBRIJA, ELIO A. (1603). *Aelii Antonii Nebrissensis, ex grammatico et rhetore historiographi regii, rerum a Ferdinando et Elisabe, Hispaniarum felicissimis regibus gestarum, Decades duae. Hispaniae Illustratae Scriptores*. Francofurti: apud Claudium Marnium, & haeredes Iohannis Aubrij.
- NIDA, Eugene A. (1947). *Bible Translating*. New York: American Bible Society.
- (1964). *Toward a Science of Translating. With Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*. Leiden: Brill.
- PINKER, Steven (1995) [1994]. *El instinto del lenguaje: cómo crea el lenguaje la mente*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2007) [2007]. *El mundo de las palabras: una introducción a la naturaleza humana*. Barcelona: Paidós
- SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, Francisco (1562). *Minerua seu de causis linguae latinae. Francisci Sanctij Brocensis, in inclitya Salmanticensi Academia Rethorices Graecaeque linguae professoris. Verae breuesque grammatices Latinae*

- institutiones*. Lugduni: apud haeredes Seb. Gryphij.
- (1587). *Minerua seu de causis linguae latinae. Francisci Sanctij Brocensis, in inclyta Salmanticensi Academia Rethorices Graecaeque linguae professoris*. Salmanticae: apud Ioannem et Andream Renaut, fratres.
- VALLA, Lorenzo (1973). *Gesta Ferdinandi Regis Aragonum* (ed. O. Besomi). Padova: Antenore.
- VOLTERRA, Virginia *et aliae* (2005). «Gesture and the emergence and development of language» en Michael Tomasello y Dan Isaac Slobin, eds., *Beyond Nature-Nurture: Essays in honor of Elizabeth Bates*. Mahwah: N. J. Lawrence Erlbaum Associates Publishers, pp. 3-40.
- WIERZBICKA, Anna (1996) *Semantics. Primes and Universals*. Oxford: Oxford University Press.
- YON, ALBERT (1933): *Ratio et les mots de la famille de reor: contribution à l'étude historique du vocabulaire latin*. Paris: Librairie ancienne Honoré Champion.

Este libro terminó de imprimirse el día diez  
de septiembre de 2012, día en el que  
se cumplen cien años de la solemne  
apertura del Curso Académico  
1912-1913 de nuestra  
Universidad.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL